

POLIZIA N. 17671



6341  
MACBÉTH

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MAGPHERSON



MADRID  
IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—  
1880

h



MACBETH.

M. J. C. M.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

1900



PHYSICS DEPARTMENT



# MACBÉTH

POR

GUILLERMO SHAKESPEARE

VERSION AL CASTELLANO

DE GUILLERMO MACPHERSON



MADRID

IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—  
1880



Digitized by the Internet Archive  
in 2013



## PRÓLOGO.

---

Esta tragedia, más que el desarrollo de un argumento dramático, es la evolucion en la escena de dos caractéres gemelos engendrados por el mónstruo de la ambicion. Temerario y violento se nos presenta desde luégo Macbéth; pero en un principio estas cualidades no auguran lo sangui-nario y feroz de su posterior conducta; y es fácil imaginar, dadas sus especiales condiciones mora-les, que, á haberlo rodëado distintas condiciones, hubiera llegado quizás á ser héroe ilustre merecedor de los aplausos, del respeto y áun del cariño de sus conciudadanos. El carácter de Lady Macbéth, más intrépida, más altiva y ménos escrupu-losa que su consorte, nos inspira, sin embargo,

involuntario respeto, al par que natural antipatía; porque Shakespeare, con su usual habilidad para individualizar las pasiones, dota á la impávida regicida, no sólo de criminal intransigencia y de energía febril, sino de claro entendimiento y de fibra delicada. El célebre poeta y eminente crítico norte-americano Mr. James Russell Lowell, me ha hecho notar cuánto alcance tiene la aparentemente insignificante frase «esta pequeña mano mía,» pues el calificativo «pequeña» aplicado á la mano, y el profundo y femenino horror que Lady Macbéth demuestra creyéndose manchada con sangre, á pesar de sus alardes en contrario, cuando en union de su esposo consuma su crimen, patentizan vigorosamente que la orgullosa usurpadora nada tiene de varonil, ni á pesar de su índole perversa se halla avezada al crimen, hácia donde corrió inducida por su desordenada ambicion y el loco afan de ceñirse una corona.

El insigne D. Alberto Lista, en conferencias literarias de gratísima recordacion, que no tenían otro carácter que el de lecciones dadas á reducido número de discípulos, ocupándose en la crítica de esta tragedia y ensalzando el profundo conocimiento que del corazón humano poseía el inmortal autor, solía decir: «Macbéth guerrero valiente;

y hasta que las brujas lo seducen con sus pronósticos, pundonoroso y léal, duda y vacila ántes de emprender el oscuro camino que su ambicion le traza; pero, lanzado ya en esa fatal carrera, su espíritu varonil le conduce sin cejar hasta el último término de la terrible jornada, y lucha tenazmente hasta contra su propio destino y hasta que «arranquen á pedazos la carne de sus huesos.» Lady Macbéth, como mujer, más dócil á la seducción, sin dudas ni vacilaciones, pisa decidida la senda que una ambicion igual ofrece á sus ojos; pero, dados en ella los primeros pasos, tiembla y vacila y muere fatigada, no pudiendo soportar tan fiera lucha. Véese aquí trazado por mano mäestra un cuadro donde aparecen hábilmente contrastadas, y como lo están en la naturaleza, las diferencias que existen entre los caractéres del hombre y de la mujer, áun cuando idénticos móviles los animen.»

Como en todos los dramas de Shakespeare, huelgan sin duda escenas enteras en Macbéth, abundan puerilidades, frases que se refieren á circunstancias del momento y «Gongorismos» de mal gusto y de difícil inteligencia; pero, como para los que tienen cariñoso respeto hácia las obras de este esclarecido ingénio, todo cuanto ha escrito

encierra interés, y en casi todo hallan ó bellezas ó pruebas de un talento profundísimo, nada, ó por mejor decir, sólo alguna que otra frase que nuestra mayor cultura no toleraríä hoy en la escena, he creído oportuno suprimir en este trabajo.

Siguiendo el plan que me propuse en la traducción de *Hámlet*, emplëo en *Macbéth* el verso libre, el consonante, la prosa y hasta lo que es lícito denominar las extravagancias de versificación de Shakespeare, por más que me hubiera sido fácil ajustarme á un método más en armonía con lo que el uso tiene sancionado para la lengua castellana.

MACBETH.

## PERSONAJES.

---

DÚNCAN, Rey de Escocia.

MÁLCOLM. . . }  
DONALBÁIN. . . } Sus hijos.

MACBÉTH (1). }  
BÁNQUO. . . . } Generales del ejército del Rey.

MACDUFF. . . }  
LÉNNOX. . . . }  
ROSS. . . . . } Nobles de Escocia.  
ANGUS. . . . . }  
MENTEITH. . . }  
CAITHNÉSS. . . }

FLEANCIO, hijo de Bánquo.

SUARDO, señor de Northumberland,  
general del ejército inglés.

EL JÓVEN SUARDO, su hijo.

SÍTON, oficial á las órdenes de  
Macbéth.

NIÑO, hijo de Macduff.

DOCTOR INGLÉS.

DOCTOR ESCOCÉS.

UN SARGENTO.

UN PORTERO.

UN ANCIANO.

LADY MACBETH.

LADY MACDUFF.

DAMA de Lady Macbeth.

Nobles, señores, jefes, soldados,  
asesinos, servidores y mensajeros.

HÉCATE.

TRES BRUJAS.

APARICIONES.

LA ESCENA PASA EN INGLATERRA EN EL FINAL DEL CUARTO ACTO.  
LO DEMÁS DE LA TRAGEDIA EN ESCOCIA.

---

(1) Pronúnciese Macbéz.

# ACTO PRIMERO.

## ESCENA I.

*Una llanura.—Truenos y relámpagos.*

Entran tres BRUJAS.

- BRUJA 1.<sup>a</sup> ¿Cuándo vamos á reunirnos  
Otra vez?  
¿Con relámpagos, con truenos,  
Ó al llover?
- BRUJA 2.<sup>a</sup> Al dar término el barullo  
Que ahora estalla:  
Cuando pierdan; cuando ganen  
La batalla.
- BRUJA 3.<sup>a</sup> Antes, pues, que el sol trasponga  
Debe ser.
- BRUJA 1.<sup>a</sup> Dad la cita.
- BRUJA 2.<sup>a</sup> La erñaza.
- BRUJA 3.<sup>a</sup> A encontrarnos con Macbéth.
- BRUJA 1.<sup>a</sup> Morrongo me grita.
- BRUJA 2.<sup>a</sup> El sapo me emplaza.
- LAS 3 BRUJ. El mal es un bien y el bien es un mal;  
La niebla crucemos y el aire letal. (Vánse.)

## ESCENA II.

*Campamento cerca de Fôres.*

(Oyéñse voces de alerta.)

Entran EL REY DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN, LÉNNOX  
y acompañamiento al encuentro de un SARGENTO herido.

DÚNCAN. ¿Qué hombre herido es aquel? Acaso tráiga  
Del combate las últimas noticias,  
Por su traza á juzgar.

MÁLCOLM. Es el Sargento  
Que, soldado leal y valeroso,  
Para salvarme á mí su vida expuso.  
¡Bravo amigo, salud! Al Rey refiere  
En qué estado dejaste la refriega.

SARGENTO. Indecisa, cual lucha porfiada  
Entre dos nadadores fatigados  
Que en abrazos recíprocos se ahogan,  
Seguir la vimos. El feroz Macdónell,  
Digno de ser traidor, porque del mundo  
Las vilezas en él formán enjambre,  
Caballeros y aun turba vil se allega  
De las islas que yacen á Occidente.  
Meretriz, á su empresa maldecida  
La fortuna sonríe, mas fué inútil:  
Porque Macbéth el Bravo (así lo nombro)  
—Hijo mimado del valor,—horada  
Su camino hasta dar con el esclavo;  
Y, sin decirle adios ni más saludo,  
Luégo á cercén le corta la cabeza  
Y en los reductos nuestros la coloca.

DÚNCAN. ¡Deudo valiente y caballero digno!



SARGENTO. Como del sol los matinales rayos  
 Suelen borrascas y terribles truenos  
 Engendrar, de esa fuente de ventura  
 Manó disturbios. Rey de Escocia, öidme.  
 Ya la justicia, del valor armada,  
 Logra que aquella turba advenediza  
 Fie sólo en sus piés, cuando aprovecha  
 El monarca noruego su ventaja  
 Lanzando nuevas huestes á la lucha.

DÚNCAN. ¿Y no desesperaron nuestros jefes  
 Macbéth y Bánquo, entónces?

SARGENTO. ¡Sí por cierto!

Cual el águila viendo gorriones,  
 Ó liebres el león. Debo llamarlos  
 Cañones ¡vive Dios! con doble carga.  
 Y, así, sobre el contrario sus mandobles  
 Reiterando, quizá su intento fuera  
 Bañarse en la feroz carnicería,  
 Ó renovar del Gólgota el recuerdo.  
 Pero... me siento desmayar; y cura  
 Mis cuchilladas piden.

DÚNCAN. Corresponden  
 Con tus heridas tus palabras: ámbas  
 A honor trascienden. Procuradle luégo  
 Cirujanos.—Mas ¿quién se acerca?

MÁLCOLM. El noble  
 Señor de Ross.

LÉNNOX. ¡Cuán grande es la premura  
 Que su mirar indica! De tal modo  
 Llega quien quiere sorprender con nuevas.

Entra ROSS.

ROSS. ¡Dios guarde al Rey!

DÚNCAN. ¿De dónde habeis venido,  
 Noble señor?

ROSS. De Fáife, gran monarca,

Donde, escarnio del viento, los pendones  
 Noruegos echan aire á nuestras gentes.  
 El mismo Rey con numerosa tropa  
 Y con auxilio del traidor infame  
 Señor de Cáudor, la sangrienta lucha  
 A comenzar volvió; mas ese fiero  
 Esposo de Belona envuelto en malla  
 Se les opone en desigual contraste:  
 Hierro con hierro, brazo contra brazo,  
 Y doma al fin su espíritu atrevido.  
 De nosotros, en fin, fué la victoria.

DÚNCAN. ¡Inmensa dicha!

ROSS. El rey noruego Sueno  
 Ansia capitular; pero nosotros  
 Ni aun enterrar sus muertos consentimos,  
 Sin cobrar en la isla de San Colme  
 Para gastos de guerra diez mil duros.

DÚNCAN. Nunca otra vez mis caros intereses  
 Arriesgaré el de Cáudor.—Ve: publica  
 Su muerte, y con su título saluda  
 Al gran Macbéth.

ROSS. Haré que se ejecute.

DÚNCAN. Lo que él perdió Macbéth de hoy más disfrute.  
 (Vánse.)

### ESCENA III.

*Una dehesa.—Truenos.*

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.<sup>a</sup> Hermana, dí, ¿qué hiciste?

BRUJA 2.<sup>a</sup> Matar cerdos.

BRUJA 3.<sup>a</sup> Tú, hermana, ¿á dónde fuiste?

- BRUJA 1.<sup>a</sup> En su falda ostentaba  
 Castañas la mujer de un navegante,  
 Y, royendo, royéndolas estaba.  
 « Dame » le dije yo. — « Bruja maldita,  
*Va de retro* »; respóndeme arrogante  
 Esa tiñosa de bazófia ähita.  
 Mas su marido á Alepo  
 Mandando el Tigre fué:  
 En un cedazo, donde fácil quepo,  
 Rata sin cola, navegando iré.  
 Lo haré: lo haré: lo haré.
- BRUJA 2.<sup>a</sup> Un viento yo te döy.
- BRUJA 1.<sup>a</sup> Me obligas bondadosa.
- BRUJA 3.<sup>a</sup> Pues otro te procuro.
- BRUJA 1.<sup>a</sup> Árbitra yo de los restantes söy.  
 No ha de quedar un portalon seguro,  
 Al ventëar con furia impetüosa  
 Desde un punto cualquiera  
 De la náutica rosa.  
 Se verá, como el heno, marchitado.  
 El dulce sueño ni una vez siquiera  
 Conciliará su párpado cansado.  
 La vida vivirá del condenado;  
 Y, aunque es forzoso que su nave flote,  
 Fiera borrasca sin cesar la azote.  
 ¡Ved esto!
- BRUJA 2.<sup>a</sup> ¡A ver! ¡A ver!
- BRUJA 1.<sup>a</sup> El dedo de un marino  
 Que de un viaje naufragó al volver.
- BRUJA 3.<sup>a</sup> ¡Un tambor! ¡Un tambor! Macbéth ya vino.
- LAS 3 BRUJ. Como hermanas las tres hechiceras,  
 De la tierra y del mar mensajeras,  
 Las manos unidas, giremos así.  
 Tres vueltas por tí; tres vueltas por mí:  
 Y nueve son justas al dar otras tres.

¡Callad! Del conjuro ya el término es.

Entran MACBÉTH y BÁNQUO. Soldados á lo léjos.

MACBÉTH. Jamás ví tan crüel y hermoso día.

BÁNQUO. ¿Fóres qué dista?—¿Quiénes son aquellas  
Tan arrugadas, de tan raro porte?  
De la tierra habitantes no parecen  
Por más que aquí sē hallen. ¿Teneis vida?  
¿Puedo yo, por ventura, interrogaros?  
Que me entendeis parece; pues á üna  
Llevais á vuestros labios contráidos  
Los dedos cadavéricos. — Mujeres  
Os imagino; pero tales barbas  
Impiden que ese título os conceda.

MACBÉTH. Si es que podeis hablar, qué sois decidnos.

BRUJA 1.<sup>a</sup> ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Glámis, salve!

BRUJA 2.<sup>a</sup> ¡Salve, Macbéth! ¡Señor de Cáudor, salve!

BRUJA 3.<sup>a</sup> ¡Salve, Macbéth! ¡El Rey futuro, salve!

BÁNQUO. ¿Por qué os sobrecogeis, amigo mío?  
¿A qué temer lo que tan grato suena?  
Decidme: ¿sois quiméricas creaciones,  
O teneis realidad, como parece?  
Saludais á mi noble compañero  
Con títulos presentes y pomposas  
Predicciones de gracias venideras  
Y régio porvenir—con tal influjo  
Que absorto está.—Tambien hablad conmigo.  
Si ver podeis los gérmes del tiempo,  
Saber qué grano fructifica ó muere,  
Habladme; que ñ odios ni favores  
De vosotras recelo ni suplico.

BRUJA 1.<sup>a</sup> ¡Salve!

BRUJA 2.<sup>a</sup> ¡Salve!

BRUJA 3.<sup>a</sup> ¡Salve!

BRUJA 1.<sup>a</sup> Más grande que Macbéth serás, si ménos.

BRUJA 2.<sup>a</sup> Aunque ménos dichoso, más dichoso.

- BRUJA 3.<sup>a</sup> Rey no serás, mas padre, tú, de reyes.  
¡Salve Macbéth y Bánquo!
- BRUJA 1.<sup>a</sup> Macbéth y Bánquo ¡salve!
- MACBÉTH. Ambíguas mensajeras, detenõs.  
Decidme más. De Sínel por la muerte  
Señor de Glámis soy: ¿mas de qué modo  
Señor de Cáudor? El de Cáudor vive,  
Y en la prosperidad; y tan contrario  
A la razon es rey denominarme  
Como señor de Cáudor. ¿Tales nuevas  
Cómo adquiristeis? Y ¿al encuentro nuestro  
Por qué salís en este estéril llano  
Con tales profecías?—Respondedme.  
(Las Brujas se evaporan.)
- BÁNQUO. Tiene el suelo burbujas como el agua,  
Y éstas lo son. ¿Á dónde habrán huido?
- MACBÉTH. Al aire, disolviéndose sus cuerpos  
Cual la respiracion en el ambiente.  
¡Pluguiera á Dios que aquí permanecieran!
- BÁNQUO. ¿Pero era realidad lo que hemos visto,  
Ó hemos probado la raíz maligna  
Que embarga la razon?
- MACBÉTH. Han de ser reyes  
Vuestros hijos.
- BÁNQUO. Vos, Rey.
- MACBÉTH. Señor de Cáudor  
Además. ¿No es verdad que así dijeron?
- BÁNQUO. Al son de esas palabras: ¿Quién se acerca?  
Entran ROSS y ANGUS.
- ROSS. Macbéth, por dicha el Rey tiene noticias  
De las victorias vuestras. Cuando supo  
Vuestra hazaña, al luchar contra el rebelde,  
Perplejo, entre el asombro y los aplausos,  
Sólo pudo callar: y ¡el mismo dia  
Sabe que entre las filas del Noruego

Atrevido luchais, sin que os asombre  
Ni el estrago siquiera que vos propio  
Ibais causando en ellos! Cual granizo  
Los mensajeros llegan que atestiguan  
La defensa que hicísteis de su reino,  
Y ante él deponen imparciales lóas.

ANGUS. Y nuestro regiõ amo nos envia  
Para daros las gracias y llevaros  
Ante él.

ROSS. En testimonio de mercedes  
Más altas, me ordenó que de su parte  
Como á señor de Cáudor os salude.  
Título es vuestro.

BÁNQUO. (Aparte.) ¡Por ventura, el diablo  
Dice verdades!

MACBÉTH. El de Cáudor vive:  
¿Por qué me adornan con ropaje ajeno?

ANGUS. Quien lo era vive aún. Dura sentencia,  
No obstante, pesa ya sobre esa vida  
Que merece perder. Yo no aseguro  
Que se ligó al Noruego, ó que su ayuda  
Prestó al traidor, ó que quizás con ámbos  
Procurara el naufragio de su patria;  
Mas de traicion convicto está y confeso.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Señor de Glámis y señor de Cáudor!  
¡Lo más está por ver!

(Á Ross y á Angus.) Os doy las gracias.  
(Aparte á Bánquo.)

¿Pensais que vuestros hijos serán reyes  
Si eso os prometen las que á mí me hicieron  
Señor de Cáudor?

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Confianza es esa  
Que quizás la corona enardecido  
Os haga contemplar, no ya tan sólo  
El título de Cáudor. Pero á veces

Nos suele Satanás decir verdades,  
 Y seducir con inocentes dones  
 A nuestra perdicion. — Una palabra,  
 Deudos míos, oid. (Á Ross y Angus.)

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Van dos verdades  
 Cual prólogo del acto en que culmine  
 Esta trama imperial!  
 (Á Ross y Angus.) Gracias, señores.  
 (Aparte.) Verme instigado así contra natura  
 Un mal no puede ser... Un bien tampoco.  
 Si mal, ¿por qué ya el éxito me brinda  
 La realidad? ¿Señor no soy de Cáudor?  
 Si bien, ¿por qué ceder á intimaciones  
 Cuyä hórrida imágen me espeluzna,  
 Y al corazon con golpes desusados  
 Contra el pecho batir hace convulso?  
 La fiera realidad ménos horrible  
 Es que tal concepcion. Mi pensamiento,  
 Do el homicidio es hoy mero fantasma,  
 De tal modo mi humano sér agita  
 Que ähoga con supuestos mi albedrío;  
 Y sólo existe en mí lo no existente.

BÁNQUO. (Á Ross y Angus.)  
 Cuán preocupado ved al compañero.

MACBÉTH. (Aparte.)  
 Si rey me quiere el hado, puede el hado  
 Sin yo solicitarlo coronarme.

BÁNQUO. (Aparte.) Los recientes honores, cual vestidos  
 Recien hechos le sientan: necesitan  
 Amoldarse.

MACBÉTH. (Aparte.) ¡Qué ocurra lo que quiera  
 Ha de seguir el tiempo su carrera!

BÁNQUO. Noble Macbéth, dispuestos nos hallamos.

MACBÉTH. Perdonadme; memorias olvidadas  
 Trabajaban mi mente. Caballeros,



Vuestra bondad registro en ese libro  
 Cuyas hojas repaso cada día.  
 A saludar al Rey luégo partamos.

(Aparte á Bánquo.)

En el caso pensad.—Más adelante,  
 Pesado todo bien, hablar podemos  
 Con franqueza los dos.

BÁNQUO. (Aparte á Macbéth.) Con sumo gusto.

MACBÉTH. (Aparte á Bánquo.)  
 Hasta entónces. No más. Venid, amigos.  
 (Vánse.)

## ESCENA IV.

*Fóres. Habitación en el Palacio.*

Clarines.—Entran DÚNCAN, MÁLCOLM, DONALBÁIN,  
 LÉNNOX, y acompañamiento.

DÚNCAN. ¿Se hizo justicia en Cáudor? ¿Los que fueron  
 Con la mision han vuelto?

MÁLCOLM. Soberano,  
 No han vuelto aún ; mas pude hablar con uno  
 Que lo ha visto morir, quien asegura  
 Que confesó sus yerros, impetrando  
 Vuestro perdon, de todo arrepentido.  
 Fué el final lo mejor de su existencia.  
 Murió cual si adiestrado en vida fuese  
 A ceder lo que tuvo en más estima  
 Cual objeto el más fútil.

DÚNCAN. Arte alguno  
 Puede por el semblante hallar del alma  
 La calidad. En ese caballero  
 Deposité mi confianza entera.



Entran MACBÉTH, BÁNQUO, ROSS y ANGUS.

¡Digno pariente mío! Me agobiaba  
Ya de mi ingratitud el peso grave.  
Tan léjos fuísteis que alcanzar no os pueden  
Del galardón ni las veloces alas.  
Ojalá hiciérais ménos: quedaría  
La proporcion de gracias y mercedes  
A mi favor. Diré no más, que os quedo  
Deudor de mucho que pagar no puedo.

MACBÉTH. La lealtad y el deber que me encadenan  
Se pagan con mostrarse. Corresponden  
A vuestra majestad nuestros servicios.  
Nuestros servicios son del trono y reino  
Los hijos y criados; sólo hacen  
Cuanto deben hacer, haciendo todo  
Por vuestro amor y honor.

DÚNCAN. ¡Muy bien venido!  
Planta sois que en mi afecto echais raíces:  
Cuidaré que seais grande. ¡Noble Bánquo!  
No merecísteis ménos, y es forzoso  
Que lo proclame así: que yo os estreche  
Junto á mi corazón.

BÁNQUO. Allí germine,  
Que la cosecha es para vos.

DÚNCAN. Mi dicha,  
Hoy tan cabal, en lágrimas se ahoga.  
Hijos, deudos, señores, y vosotros  
Allegados á mí, deciros quiero  
Que nombro sucesor de mis estados  
A mi hijo Málcolm, quien, de hoy más se  
De Cumberlanda príncipe. Forzoso [nombre  
Es, sin embargo, que este honor no quede  
Sin compañía; y, por tanto, como estrellas  
Títulos de nobleza sobre aquellos  
Que lo merecen brillarán.—Ahõra

- A Inverness, á aumentar la deuda mía.
- MACBÉTH. Descansar es trabajo á vos ajeno.  
 Ansio preceder vuestra llegada ;  
 Y alegrar los oídos de mi esposa  
 Con la nueva.—La vénia, pues, os pido.
- DÚNCAN. ¡Mi digno Cádor!
- MACBÉTH. (Aparte.) ¡Príncipe heredero!  
 Tropiezo es ese que postrarme debe,  
 O he de saltar, pues mi camino estorba.  
 Estrellas, no brilleis: la luz no vëa  
 Lo que mi negro corazon desëa.  
 Ojos, mi mano hará lo que os da espanto.  
 Miradla de soslayo miéntas tanto. (Váse.)
- DÚNCAN. Noble Bánquo, es verdad: es un valiente,  
 Me sirve de alimento que lo alaben;  
 Es para mí un festin. Vamos, señores,  
 Tras quien á festejarnos nos precede.  
 ¡Es un deudo sin par!  
 Clarines. (Vánse.)

## ESCENA V.

*Inverness. Habitación en el Castillo de Macbéth.*

Entra LADY MACBÉTH leyendo una carta.

- L. MACB. «Saliéronme al encuëntro el día de la victoria; y sé de modo cierto que alcanzan más ciencia de la que es dada á los mortales. Cuando ardía en desëos de interrogarlas más estrechamente, se convirtieron en aire, en el cual se evaporaron. Miéntas yacía absorto y asombrado, llegan mensajeros del Rey que me victorëan como á señor de

Cáudor, título con el cual me habian salu-  
dado estas tres hermanas hechiceras, anun-  
ciándome el porvenir con «¡Salve, futuro  
Rey!» Me ha parecido bien confiarte lo ocur-  
rido, amada compañera de mi grandeza,  
para que ni siquiera un instante dejes de  
gozar, ignorándola, la grandeza que te pro-  
nostican. Piensa en ello y adiós.»

Glámis eres y Cáudor! Lo restante  
Tambien se cumplirá; mas desconfío  
De tu carácter, por demás repleto  
Del lácteo jugo de humanal clemencia,  
Para ir por el atajo. Quieres gloria,  
Y ambicion no te falta, mas la buscas  
De mal exenta. El grande fin que ansias  
Por santos medios conseguir quisieras.  
No quieres ser traidor; y, sin embargo,  
De la traicion te aprovecharás. Quieres,  
¡Oh gran Glámis! aquello que nos grita:  
«Así se debe hacer para obtenerlo;  
Y aunque hacerlo me espanta, no quisiera  
Que hecho se deshiciese.»—¡Presto acude!  
Mi espíritu yo vierta en tus oídos,  
Y, con el brío de mi lengua, azote  
Cuanto impida alcanzar esa corona  
Que el hado y metafísica influencia  
A tus sienas destinan.

Entra un SIRVIENTE.

¿Dí, qué ocurre?

SIRVIENTE. Llega esta noche el Rey.

L. MACB.

Pero ¿estás loco?

¿No está con él tú amo? Si así fuese  
Para su recepcion nos avisara.

SIRVIENTE. Si tal. Nuestro señor tambien se acerca.  
Adelantóse un camarada mío

Que aliento apénas suficiente trajo  
Para dar el mensaje.

L. MACB.

Que le cuiden;  
Trae grandes nuevas. (Váse el Sirviente.)  
Su graznido al cuervo  
Enronquece, de Dúncan anunciando  
La llegada fatal á mi castillo.  
¡Oh del pensar espíritus motores!  
Llegad vosotros y anulad mi sexo.  
Llenadme de los piés á la cabeza  
Con colmo de crueldad inextinguible,  
Y mi sangre espesad. Cerrad el paso  
A los remordimientos: que no lleguen  
Ni escrúpulos ni lástimas mundanas  
A turbar mi propósito siniestro  
Ni entre él y el golpe interponerse puedan.  
Acudid y en mis pechos maternales  
Trocad la leche en hiel, génios del crimen,  
Doquiera que incorpóreos en esencia  
Móviles sois de la maldad humana.  
Ven, noche oscura, y al tender tu palio  
Roba al infierno su humareda espesa,  
Y ver no pueda mi fatal cuchilla  
La herida que ha de hacer, ni el cielo aparte  
Para acechar el manto ennegrecido,  
Y, «Detente, detente», vocifere.

Entra MACBÉTH.

¡Gran Glámis! ¡noble Cáudor; más excelso  
Por el salve profético quë ámbos!  
Me trasportó tu escrito á gran distancia  
De este oscuro presente; y el futuro  
Gozo en este momento.

MACBÉTH.

Amada mía,  
Dúncan llega esta noche.

L. MACB.

¿Cuándo parte?

MACBÉTH. Mañana, segun dice.

L. MACB. ¡Oh! Jamás verá el sol ese mañana.  
Es un libro tu rostro, dueño mío,  
Donde escritos se ven graves sucesos:—  
Desmiente lo actual, y tu apariencia  
Cuadre con lo actual.—La bien venida  
Den tu lengua, tus manos y tus ojos.  
Sé la inocente flor que oculta al áspid,  
Y el asunto tremendo de esta noche  
Déjame dirigir, que en lo futuro  
Nos dará cada noche y cada día  
La potestad de régia jerarquía.

MACBÉTH. Hablarémos.

L. MACB. Alegre quiero verte.  
Que de cobardes es trocar su suerte. (Vánse.)

## ESCENA VI.

*Inverness. Ante el Castillo de Macbéth.*

Clarines. — Sirvientes de Macbéth con antorchas. — Entran DÚNCAN,  
MÁLCOLM, DONALBÁIN, BÁNQUO, LÉNNOX, MACDUFF,  
ROSS, ANGUS y acompañamiento.

DÚNCAN. Bella es la situacion de este castillo;  
Y este céfiro dulce y apacible  
Los sentidos alegra.

BÁNQUO. Del verano  
El huésped eternal, la golondrina  
Que en las iglesias mora, bien demuestra  
Con su gentil arquitectura, cómo  
Trasciende á amor el hálito del cielo.  
No hay ni pilar, ni friso, ni resalto,

Ni ángulo que el ave no aproveche  
 Con su lecho colgante y fértil cuna.  
 Es de observar cuán grato es el ambiente  
 En sitios donde acuden á hacer cría.

DÚNCAN. ¡Ved! ¡ved! ¡Llega la noble castellana!

Entra LADY MACBÉTH.

El amor que nos tienen, con frecuencia  
 Se aprecia cual amor, y es nuestra cuita.  
 De aquí vereis, que á Dios rogar os toca  
 Que á mí me pague los favores vuestros  
 Y que vuestro trabajo me agradezca.

L. MACB. Todos nuestros esfuerzos duplicados  
 Y otra vez repetidos, corta cosa  
 Fueran para pagar tantos favores,  
 Tanto honor como logra nuestra casa  
 De vuestra majestad.—Por las mercedes  
 Pasadas y recientes dignidades  
 Con que así nos colmaís, por vos rezamos.  
 DÚNCAN. ¿Do está el señor de Cádor? Le seguimos  
 De cerca, y el propósito tenía  
 De anticiparme yo—pero ¡es jinete!  
 Y su excesivo amor, cuya fineza  
 Con su aguijon quizás parejas corre,  
 Antes de llegar yo, le trajo á casa.  
 Hermosa y noble castellana, somos  
 Huéspedes esta noche.

L. MACB.

Los criados

De vuestra majestad tienen los suyos.  
 Ellos mismos lo son y cuanto tienen;  
 Y siempre en data están de vuestra cuenta,  
 Como que vuestros son.

DÚNCAN.

Dadme la mano:

Conducidme á mi huésped. Gran cariño  
 Le tengo y en mi gracia fijo yace.  
 Permitidme, señora. (Vánse.)

## ESCENA VII.

*Galería en el Castillo de Macbéth.*

Clarines y antorchas. — Entran y atraviesan la escena un mayordomo y varios criados con bandejas, etc., y luégo MACBÉTH.

MACBÉTH. Si hecho quedara con hacerse!... ¡pase!  
 ¡Se hiciera pronto!—¡Si al clavar el hierro  
 El paso se cerrase á las resultas  
 Y el éxito, cesando, se lograra!  
 ¡Fuera este golpe el todo, el fin de todo!  
 De aquí, de estos escollos, de cabeza  
 Me arrojara en el mar de nueva vida.  
 Mas la razon nos queda en casos tales.  
 Intransigentes máximas se enseñan  
 Que, aprendidas, retornan y al mäestro  
 Tormento dan.—La impávida justicia  
 Hace que apuren nuestros propios labios  
 De nuestro propio cáliz el veneno.—  
 Le debo doble fé. Primeramente  
 Soy su deudo y vasallo, dos motivos  
 Poderosos: despues, cual huésped, debo  
 De su asesino defender las puertas,  
 Y no empuñar yo mismo la cuchilla.  
 Además, este Dúncan tan humilde  
 Fué en el poder, tan justo en el gobierno,  
 Que sus virtudes, ángeles alados,  
 Publicarán con penetrantes voces  
 La maldicion del bárbaro asesino.  
 La compasion, recién-nacido infante,  
 Cual querubin desnudo, cabalgando  
 Del aire en los corceles invisibles,



Á todos narrará la horrenda hazaña ;  
 Y acallarán las gentes con su lloro  
 Al fiero vendaval.—Me aguijonēa  
 Sólo ambicion de alzarme hasta la cima ,  
 Y me estrello , al saltar , del lado opuesto.

Entra LADY MACBÉTH.

¿Qué ocurre , dí?

L. MACB. Termina ya la cena.

¿Por qué te fuiste?

MACBÉTH. ¿Acaso me ha llamado?

L. MACB. ¿Por ventura , lo ignoras?

MACBÉTH. Adelante

Seguir en esta empresa no es posible.  
 Me ha colmado de honores , he adquirido  
 Inmensa fama entre las gentes todas ,  
 Galas brillantes que vestir hoy debo  
 Y no tan pronto desechar.

L. MACB. ¿Estaba

Ébria , pues , la esperanza que hace poco  
 Te vestía?—¿Durmió? ¿Despierta acaso  
 Y pálida y estúpida , contempla  
 Lo que supo mirar tan arrogante?  
 ¿Cuánto vale tu amor sé desde ahora!  
 ¿Tienes miedo , quizás , de ser el mismo  
 En ánimo y en obras que en desēos?  
 ¿Quieres tú lo que aprecias cual la vida,  
 Y en tu propia opinion vivir cobarde ,  
 Dejando vaya en pos el « No me atrevo »  
 Del « Lo haría?» La fábula recuerda  
 Del gato desgraciado.

MACBÉTH. ¡Por Dios , calla!

Me atrevo á hacer lo que cualquiera hiciere:  
 Hombre nõ es quien hace más.

L. MACB. Pues , díme.

¿Qué fiera de este asunto habló conmigo?



Cuando tú te atrevías, eras hombre.  
 Para ser más quẽ eres, te atrevías  
 Á ser tanto más hombre. Te faltaban  
 El momento, el lugar, y, sin embargo,  
 Buscarlos procurabas. ¡Hoy te vienen  
 Á las manos, y el ánimo te quitan! —  
 He amamantado y sé cuánta ternura  
 Despierta el tierno infante á quien criamos—  
 Pues, miẽtras me mirara sonriente,  
 El pezon le arrancara con fiereza  
 De sus tiernas encías, y sus sesos  
 Contra el suelo estrellara, si faltase  
 Á un juramento yo, como tú faltas.

MACBÉTH.

¿Si fracasamos?...

L. MACB.

¡Fracasar nosotros!

Afianza tú de tu valor las tuercas,  
 Y no fracasaremos. Cuando Dúncan  
 Duerma,—y al sueño disponerle debe  
 De hoy el largo viaje,—á sus dos guardias  
 Yo saciaré de vinos y licores,  
 De modo tal, que en ellos la memoria,  
 Custodio del cerebro, será hũmo,  
 Y del juicio la cárcel mero limbo.  
 Sueño brutal sus cuerpos saturados  
 Transformará en cadáveres. ¿Sin guardias  
 No es fácil disponer á nuestro antojo  
 De Dúncan ya? ¿Y á sus bẽodos jefes  
 Yo y tú no lograremos que se achaque  
 Nuestro nefando crimen?

MACBÉTH.

Dá varones

Á luz no más: que tu indomable temple  
 Se preste á concebir hombres tan sólo.  
 ¿No se habrá de crẽer cuando con sangre  
 Manchemos á los ébrios centinelas,  
 Y usemos sus puñales, que ellos fueron?

L. MACB. ¿Quién osará crëerlo de otro modo,  
Oyendo nuestros ayes y clamores,  
Divulgada su muerte?

MACBÉTH. ¡Decidido  
Estoy al fin! y mis potencias todas  
Á este tremendõ acto se encaminan.  
Que en nuestro aspecto nada se trasluzca:  
La fementida faz oculte artera  
Lo que en el pecho fementido impera. (Vánse.)

# ACTO SEGUNDO.

## ESCENA I.

*Inverness. Patio en el Castillo de Macbéth.*

Entra BÁNQUO, precedido de FLEANCIO con una antorcha.

BÁNQUO. ¿Que hora tenemos, hijo?

FLEANCIO. El reloj no escuché, pero la luna  
Traspuesta va.

BÁNQUO. Se oculta á media noche.

FLEANCIO. Más tarde me parece.

BÁNQUO. Tén la espada.—  
Ahórrar parece el cielo; sus candiles  
Apagados están.—Tambien tén eso—  
Me oprime el sueño con su plúmbea mano;  
Mas no quiero dormir.—Dios bondadoso,  
Refrena las idéas maldecidas  
Que á perturbarme en mi reposo vienen.—  
Dame la espada tú.—¿Quién es?

(Entran MACBÉTH y un criado con una antorcha.)

MACBÉTH.

Amigo.

BÁNQUO. ¡Qué! ¿Levantado aún? Ya el Rey descansa.  
Alegre como nunca se ha mostrado,  
Y encomió sin cesar vuestros obsequios.  
Este diamante á vuestra esposa envía,  
A la cual llama su gentil patrona.  
Gozoso fué á su lecho.

MACBÉTH. Sin aviso,  
Se esclavizó la voluntad á faltas  
Que salvara tal vez, obrando libre.

BÁNQUO. No ha habido falta que notar.—Anoche  
Soñé con las hermanas hechiceras:  
Con vos algo veraces se han mostrado.

MACBÉTH. No me preocupan.—En sazon propicia,  
Sin embargo, pudiera consagrarse  
Un momento á este asunto, si os agrada.

BÁNQUO. Cuando gustéis.

MACBÉTH. Siguiendo mi consejo  
Honra obtendreis.

BÁNQUO. Con tal que no la pierda  
Tratando de aumentarla, y que respire  
Libre mi pecho, y mi lealtad no enturbie,  
Lo aceptaré.

MACBÉTH. Pues descansad en tanto.

BÁNQUO. Mil gracias: igualmente.  
(Vánse Bánquo y Flëancio.)

MACBÉTH. Vé: dile á tu señora que me llame  
Cuando aliste mi copa. Vete al lecho.  
(Váse el criado.)  
¿Es un puñal lo que mis ojos miran  
Vuelto el puño hácia mí? ¡Ven á mis manos!  
No te logro alcanzar aunque te vëo.  
¿Eres, fatal vision, sensible sólo  
A la vista, no al tacto? O ¿por ventura  
Fantástico puñal, creacion mentida  
De un cerebro que ardor febril inflama?

Aún te vëo con forma tan palpable  
 Cual éste que ahora empuño.  
 Me indicas el camino que llevaba,  
 Y el arma misma que esgrimir debïa.  
 ¡Burla mis ojos son de otros sentidos  
 O más que todos valen!—Aún te vëo.  
 Y tu cuchilla y puño relucientes  
 Sangre destilan ya.—¡Mentira todo!  
 Es el sangriento asunto que se informa  
 A mis ojos así. Naturaleza  
 Ahora en un hemisferio desfallece.  
 Turba sueño nefando á quien cobija  
 Rico dosel. Dan culto en su aquelarre  
 A la pálidã Hécate las brujas;  
 Y el homicidio escuálido, al que alarma  
 Su centinela el lobo carnicero  
 Aullando horrible alerta, sigiloso,  
 Con los lascivos pasos de Tarquino  
 Hácia su objeto cual fantasma cunde.  
 Tierra fija y segura, que mis pasos  
 Ni escuches ni adivines, no suceda  
 Que hasta tus piedras mismas me delaten.  
 Anula, tú, de la presentë hora  
 El horror que con ella se armoniza.  
 ¡Amenazo y él vive!—Con su aliento  
 Las palabras enfrïan las acciones.

(Suena una campana.)

¡Vamos! ¡Ya es hecho!—Dúncan, que no es-  
 [cuches  
 De esa campana él són que á mí me invita,  
 Y al cielo ó al infierno á tí te cita. (Váse.)



MACBÉTH. ¡Espectáculo horrendo! (Mirándose las manos.)

L. MACB. ¡Necia idëa!

¿Por qué horrendo espectáculo lo llamas?

MACBÉTH. Durmiendo el uno sonrió y el otro  
Gritó «¡Asesino!», y despertaron ámbos.  
Inmóvil los miré, pero en seguida  
Rezaron, y quedáronse dormidos.

L. MACB. Dos postes son tan sólo.

MACBÉTH. Dijo el uno  
«Que nos bendiga Dios», y «Amén» el otro  
Con estas manos de verdugo al verme  
Su asombro contemplando.—Yo no pude  
Repetir el «Amén» cuando dijeron  
«Que nos bendiga Dios.»

L. MACB. No así te agites.

MACBÉTH. Mas ¿por qué pronunciar «Amén» no pude?  
Necesidad de bendicion tenía,  
Pero el «Amén» pegóse á mi garganta.

L. MACB. Si damos en pensar en tales cosas  
De este modo, perder se puede el juicio.

MACBÉTH. Pensé oír una voz que me decía:  
«Macbeth, no duermas que mataste al sueño.»  
Al inocente sueño que entreteje  
Del dolor la madeja enmarañada;  
La dulce muerte del vivir diario,  
Baño reparador de la fatiga  
Y bálsamo del alma que padece;  
Esa otra existencia que seguimos;  
Del festin de la vida el más sabroso  
Nutritivo manjar.

L. MACB. ¿Pero qué dices?

MACBÉTH. Pues me gritó «No duermas» en voz alta.  
«Glámis al sueño asesinó, por tanto  
Cáudor no dormiré, Macbéth tampoco.»

L. MACB. ¿Mas quién eso gritaba?—Dueño mío,

No así rebajes tu valor, ni dejes  
Que á tu razon el vértigo avasalle.  
Vé, procuratē agua.—Lava en ella  
De tus manos el súcio testimonio.—  
¿De su sitio las dagas á qué quitas?  
Allí han de estar.—Vé, llévalas y mancha  
Con sangre á los dormidos centinelas.

MACBÉTH. No vuelvo más.—El miedo me estremece  
Tan sólo con pensar en lo que hice:  
Otra vez á mirarlo, no me atrevo.

L. MACB. ¡Cuán débil eres!—Dame acá las dagas.—  
Estatuas son los muertos y dormidos.  
Al niño solamente se le asusta  
Con la imágen del diablo.—Si da sangre  
Yo adornaré la faz de esos sirvientes,  
Pues suyo debe aparecer el hecho.  
(Váse. Se oyen golpes.)

MACBÉTH. ¿Dónde llaman?—¿Cuál es mi triste estado  
Cuando el rumor más leve me horroriza!—  
¿Mas qué manos son éstas? ¡Ah! Mis ojos  
Arrancar de sus órbitas pretenden.—  
¿Podrá tal vez el Ocēano inmenso  
De mis manos lavar toda esta sangre?  
¡No! Más bien las inmundas manos mías  
Ese mar de esmeralda enrojecieran.

Vuelve á entrar LADY MACBÉTH.

L. MACB. Rojas están mis manos cual las tuyas.  
Me avergonzara de tener tan blanco  
Cual tú mi corazon. A la portada  
(Se oyen golpes.)  
Del Sur llamando están.—A nuestra alcoba.  
El agua de sospechas nos redima.  
¡Cuán fácil estō es!—Tu atrevimiento  
Exhausto te ha dejado. — Escucha. — Aún  
[llaman.



Ponte el nocturno traje, no descubran  
Que hemos estado en vela.—No te engolfes  
Así en tus pensamientos.

MACBÉTH.

¡Desearía

No pensar, recordando lo que hice!

¡Dúncan, oye el rumor! ¡Así pudieras! (Vánse.)

### ESCENA III.

(Se oyen golpes.)

Entra un PORTERO.

PORTERO. ¡Vaya un modo de llamar! Fuera uno portero del infierno y gran práctico sería en abrir puertas. Lláma, lláma, lláma. ¿Quién es, por vida de Belzebú? ¿Si será algún labrador que se ha ahorcado porque esperaba abundante cosecha? Lláma, lláma. ¿Quién es, por vida del otro diablo? ¡Vaya! Éste es un prevaricador dispuesto á prestar juramento en cualquier plato de la balanza contra el plato opuesto.—Gran traidor sería por el amor de Dios; pero no pudo prevaricar hasta el punto de entrar en la gloria.—Entra, prevaricador. Lláma, lláma. ¡Vaya! aquí llega un sastre inglés que ha sisado tela de unas bragas francesas.—Entra sastre, calienta aquí tus planchas. Demasiado frío hace aquí para infierno. Cesó en mi cargo de diablo portero. Pensé abrir la puerta á gentes de diversas profesiones que recorren la florida senda de la hoguera eternal. Otra. Otra. Os suplico que os acordeis del portero.

(Abre la puerta.)

Entran MACDUFF y LÉNNOX.

MACDUFF. ¿Tan tarde te has acostado que tan tarde te levantas?

PORTERO. Señor, para decir verdad, estuvimos de fiesta hasta el segundo canto del gallo.

MACDUFF. ¿Está levantado tu amo? Nuestros golpes le han despertado. Aquí llega.

Entra MACBÉTH.

LÉNNOX. Buenos días, señor.

MACBÉTH. Salud á entrambos.

MACDUFF. ¿Ha despertado el Rey?

MACBÉTH. No, todavía.

MACDUFF. Me ordenó que temprano lo llamara;  
Y es tiempo ya.

MACBÉTH. Dejad que yo os conduzca.

MACDUFF. Este trabajo para vos es goce,  
Pero es trabajo.

MACBÉTH. Los trabajos gratos  
La medicina son de las molestias.  
La puerta ved.

MACDUFF. Á penetrar me induce  
Mi obligacion. (Váse.)

LÉNNOX. ¿Su majestad hoy parte?

MACBÉTH. Así dejó dispuesto.

LÉNNOX. Tormentosa  
La noche ha sido. El viento ha derribado  
De nuestro pabellon las chimenëas.  
Se oyeron, segun dicen, en el aire  
Lamentos y quejidos de agonïa,  
Y proféticas voces que anunciaban,  
Con acento terrible, destructores  
Incendios y sucesos pavorosos  
Para el presente mísero incubados.  
Se ha escuchado del ave tenebrosa  
La voz toda la noche, y otros dicen

Que la tierra, febril se estremecía.

MACBÉTH. Fiera ha sido la noche.

LÉNNOX. No recuerda

Otra peor mi juvenil memoria.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Lengua ninguna  
Ni corazon te entienda ni te nombre!

MACBÉTH y LÉNNOX. ¿Qué ocurre?

MACDUFF. La traicion ha ejecutado

Hoy sü obra mäestra. El asesino  
Sacrílego vilmente hurtó del templo  
Consagrado al señor la noble vida.

MACBÉTH. Mas ¿qué decís? ¿La vida?

LÉNNOX. ¿Del monarca?

MACDUFF. Á la alcoba llegad; ¡cegad, mirando  
Este gorgóneo horror! Hablar no puedo:  
Mirad y hablad despues.

(Vánse Macbéth y Lénnox.)

¡Alerta! ¡Alerta!

¡Á rebato tocad! ¡Traicion! ¡Infamia!

¡Oh Bánquo! ¡Donalbáin! ¡Málcolm! ¡Alerta!

¡Sacudid ese símil de la muerte,

Y ved la muerte misma! ¡Presto! ¡Presto!

¡Mirad su eterna imágen! ¡Málcolm! ¡Bánquo!

El lecho cual si fuese vuestra tumba

Dejad ya, y acercaos, cual fantasmas,

Á contemplar tamaño horror.

(Tocan á rebato.)

Entra LADY MACBÉTH.

L. MACB. ¿Qué ocurre,

Que así se llama con tan fieros gritos

De esta casa á los huéspedes que aún duermen?

Hablad, hablad.

MACDUFF. No á vos ¡oh tierna dama!

Os corresponde el escuchar mis frases;

Repetirlas á oídos femeniles.  
Asesinato fuera.

Entra BÁNQUO.

¡Bánquo! ¡Bánquo!

Nuestro monarca asesinado ha sido.

L. MACB. ¡Eterno Dios! En nuestra propia casa.

BÁNQUO. ¡Aquí y en donde quiera es espantoso!  
Desdícete por Dios; dí que no es cierto.

Vuelven á entrar MACBÉTH y LÉNNOX.

MACBÉTH. Hubiera muerto yo momentos ántes

Y mi existencia bendecir podría.

Mi vida desde hoy perdió su objeto.

Inútil todo es ya. Renombre, gloria,

Han perecido. Del vivir el néctar

Escanciado fué ya. Quedan tan sólo

Las heces en la mísera vasija.

Entran MÁLCOLM y DONALBÁIN.

DONÁLB. ¿Qué es esto?

MACBÉTH. ¿Y eres tú quien lo pregunta?

El principio, la fuente de tu vida

Ya se agotó. Ya se agotó en su origen.

Tu régio padre asesinado ha sidó.

MÁLCOM. ¡Oh! ¿Por quién?

LÉNNOX. Por los guardias de su alcoba.

Al parecer. Sus caras y sus manos

Tintas en sangre estaban. Sus puñales,

Aún sin limpiar junto á sus mismos lechos.

Delirantes, miraban asombrados:

Nadie seguro en su presencia estaba.

MACBÉTH. ¡Ah! Mas lamento mi furor que muerte

Me hizo dárles.

MACDUFF. ¿Por qué tal cosa hicísteis?

MACBÉTH. ¿Quién puede ser discreto en el asombro?

¿Ni prudencia tener enfurecido?

¿Ó ser leal é indiferente? Nadie

De mi activo cariño la viveza  
 Atropelló de mi razon la calma.—  
 Dúncan aquí tendido; bordando  
 Su piel de plata su preciosa sangre.  
 Sus profundas heridas eran brechas  
 Que á una muerte crüel dieron entrada.  
 Allí los asesinos, recubiertos  
 Del color de su oficio. Sus puñales  
 Brutalmente manchados. ¿Quién podía,  
 Con corazon amante, y valeroso  
 Al par para mostrarlo, contenerse?

L. MACB. ¡Ay Dios, de aquí llevadme!

MACDUFF. Á la Señora  
 Atended.

MÁLCOLM. (Aparte á Donalbáin.)

¿Y callamos, cuándo muchos  
 Achacarnos podrán el argumento?

DONALB. (Aparte á Málcorm.)

Lo que se hablara aquí fatal nos fuera.  
 Partamos: nuestras lágrimas no pueden  
 Aún fermentar.

MÁLCOLM. (Aparte á Donalbáin.) Ni nuestra pena horrible  
 Mostrarse en tal premura.

BÁNQUO. Á la Señora

Atended. (Llévanse á Lady Macbéth.)

Y despues que nos vistamos  
 Reunirnos fuerzã es; y este sangriento  
 Suceso investigar con más reposo.  
 Recelos y temores nos perturban.  
 Me hallo de Dios en la potente mano;  
 Desde allí, toda implícita sospecha  
 De traidora malicia desafío.

MACDUFF. Y yo tambien.

TODOS. Y todos igualmente.

MACBÉTH. Con diligencia varonil en junta

En el salon nos reuniremos.

Todos.

Sëa.

(Vánse todos ménos Málcólm y Donalbáin.)

MÁLCOLM. ¿Qué haces tú? No con ellos concertemos.  
Honda pena mostrar nunca sentida  
Es arte fácil para el hombre falso.  
Yo iré á Inglaterra.

DONALB.

Á Irlanda yo; con suerte

Separada vivimos más seguros.  
Tórnanse aquí puñales las sonrisas:  
Los que la sangre ha unido la derraman.

MÁLCOLM. El asesino proyectil que arrojan  
No ha reventado aún, y nos conviene  
Burlar su direccion. Montemos presto  
Y, sin decir adiós, luégo partamos.  
Para abscondernos la razon nos sobra,  
Que no hay piedad aquí cuando se cobra.  
(Vánse.)

## ESCENA IV.

*Inverness. Exterior del Castillo de Macbéth.*

Entran ROSS y un ANCIANO.

ANCIANO. Setentä años recordar me es fácil,  
Y en ese tiempo ví cosas extrañas  
Y horas de horror; pero tan triste noche  
A todo sobrepuja.

Ross.

Buen anciano,  
Ved cómo el cielo amenazante mira  
Al trágico escenario de los hombres.  
Es día por la hora, mas oprime

La oscura noche al luminar errante.  
 ¿Triunfa la noche, se avergüenza el día  
 Que así la oscuridad sepulta al mundo  
 En vez de que lo bese viva lumbre?

ANCIANO. No es natural, cual natural tampoco  
 Es el presente caso. Vióse el mártes  
 A un orgulloso halcon volando altivo  
 Presa ser de una mísera lechuza.

ROSS. Los caballos de Dúncan, los mejores  
 De aquella raza, en fieras convertidos  
 Rompen de pronto sus establos; huyen,  
 E, inobedientes, guerra le declaran  
 Al hombre en su furor.

ANCIANO. Se devoraron.

ROSS. Es verdad, con espanto de mis ojos.  
 Aquí se acerca el buen Macduff. ¿El mundo,  
 (Entra MACDUFF.)

Amigo, cómo va?

MACDUFF. Ya lo estais viendo.

ROSS. ¿Quién fué el autor de tan terrible hazaña?

MACDUFF. Los que Macbéth mató.

ROSS. Pero ¡Dios mío!

¿Y qué les iba en ello?

MACDUFF. Sobornados

Por los dos hijos del Monarca fueron.

ROSS. Otró acto también contra natura.

La pródiga ambicion voraz destroza

Aún el propio alimento de su vida.

Pues puede que Macbéth ocupe el trono.

MACDUFF. Rey le nombraron, y á investirse marcha  
 A Esconia ya.

ROSS. ¿Y el cuerpo del rey Dúncan?

MACDUFF. Lo conducen al Cerro de San Colme,  
 De sus pasados tumba sacrosanta,  
 Custodio de sus huesos.



- ROSS. ¿Vais á Esconia?
- MACDUFF. A Fáife, primo.
- ROSS. Pues á Esconia marchó.
- MACDUFF. Que bien encaminado vaya todo.  
Pero entre tanto, adiós: quizás me agrada  
Más que nuevo ropaje, ropa usada.
- ROSS. Adiós, Anciano.
- ANCIANO. Quien cual vos hiciere  
Del mal el bien, y amigo de enemigo,  
Lleva de Dios la bendicion consigo. (Vánse.)



# ACTO TERCERO.

---

## ESCENA I.

*Fóres. Habitación en el Palacio.*

Entra BÁNQUO.

BÁNQUO. ¡Rey por fin eres! ¡Glámis, Cáudor! ¡Todo!  
Cual dijeron las brujas, y recelo  
Que obraste con traicion para lograrlo.  
Pero no ha de quedar en tu familia.  
Soy yo quien ha de ser padre de reyes,  
Y si es verdad lo que sus labios dicen,  
Como, Macbéth, en tí se ha confirmado,  
¿Por qué, pues, son contigo tan veraces,  
No podrán ser oráculos conmigo,  
Y mi ambicion colmar? Silencio. Basta.

Entran MACBÉTH, de rey, LADY MACBÉTH, de reina, LÉNNOX,  
ROSS, Señores, Damas y acompañamiento.

MACBÉTH. El huésped principal aquí se encuentra.

L. MACB. Si nos faltara en nuestro gran banquete,  
Grande fuera el vacío.

MACBÉTH. Á una solemne cena, que esta noche  
Hemos de dar, señor, os invitamos.

- BÁNQUO. Que vuestra majestad sólo me mande,  
Pues se encuentra con lazo indisoluble  
Mi voluntad ligada á vos por siempre.
- MACBÉTH. ¿Cabalgais esta tarde?
- BÁNQUO. Sí: tal pienso.
- MACBÉTH. Si no, vuestros consejos reclamara,  
Que, en la reunion de hoy, de gran valía  
Y sumo alcance fueron. Pero quede  
Para mañana. ¿Es léjos el pasëo?
- BÁNQUO. Señor, hasta la hora de la cena;  
Pues si no áviva el paso mi caballo  
Á la noche, quizás, prestadas pida  
Una ó dos negras horas.
- MACBÉTH. No haya excusa.
- BÁNQUO. No faltaré, señor.
- MACBÉTH. Segun me dicen,  
En Irlanda mis deudos sanguinarios  
Ó en Inglaterra están. Y ni confiesan  
Su crüel parricidio, mas propalan  
Extrañas invenciones. De este asunto  
Mañana hemos de hablar, cuando, reunidos,  
Otros graves negocios resolvamos.  
¡Ahora á caballo, adiós! Hasta la noche.  
¿Flëancio va con vos?
- BÁNQUO. Conmigo viene;  
Y es tiempo ya.
- MACBÉTH. Seguros y ligeros  
Vuestros caballos sëan, Dios os guarde.  
(Váse Bánquo.)  
Que cada cual disponga á su capricho  
Del tiempo que le resta hasta las siete.  
Para apreciar la amena compañía  
Al cenar, entre tanto, quedo solo.  
Id, señores, con Dios. Hasta más tarde.  
(Vánse todos ménos Macbéth y un sirviente.)

¡Escucha, tú! ¿Me esperan esos hombres?

SIRVIENTE. Sí, señor. Á las puertas de Palacio.

MACBÉTH. Que entren aquí.

(Váse el sirviente.)

Ser lo que soy es nada  
Sin la seguridad. En Bánquo veo  
Amenaza constante; y es temible  
Esa régia altivez que le domina.  
Es audaz; y á su intrépido carácter  
Auna el talento, que al valor induce  
Con prevision á obrar. Temo su audacia;  
Y mi genio antè él se ve humillado,  
Cual humillado estaba Marco Antonio  
Ante César. El fué quien á las brujas  
Increpó que cual rey me saludaban,  
Y hablar les ordenó; y entónçes ellas  
Con profética voz « Padre de reyes »  
Al saludarlo le llamaron. Ponen  
En mi frente infructífera corona,  
Y me dan á empuñar estéril cetro,  
Que debe arrebatarme mano extraña  
Con mengua de mis hijos. Si tal fuera,  
De Bánquo trabajé por la progenie.  
La muerte al noble Dúncan dí por ellos,  
Y el cáliz de mi paz por ellos sólo  
Llené de hiel. La joya de mi vida,  
Al diablo vendo para hacerlos reyes.  
¡Hacer reyes de Bánquo á los retoños!  
Antes, fatalidad, entra en la lidia,  
Y sé mi campëon en este juicio.  
¿Quién?

(Vuelve á entrar el sirviente con dos ASESINOS.)

En la puerta espera hasta que llame.

(Váse el sirviente.)

Ayer hablamos.

ASES. I.º

Sí, señor.

MACBÉTH.

¡Ahõra!

¿Habeis tomado en cuenta lo que os dije?  
 Por él y no por mí, como pensásteis,  
 En el pasado os vísteis oprimidos.  
 En la entrevista que tuvimos, puse  
 Tambien de manifiesto de qué modo  
 Él os supo explotar, cómo burlaros,  
 Quiénes fueron sus cómplices; y, en suma,  
 Quedó el asunto claro lo bastante  
 Para que el más estúpido ó demente  
 Exclamara: «Fué Bánquo.»

ASES. I.º

Tal hicísteis.

MACBÉTH.

Tal hice y hago más; porque el objeto  
 Sabreis de esta entrevista. ¿La paciencia  
 De tal modo en vosotros predomina  
 Que lo tolerareis?—¿El Evangelio  
 Os obliga á rezar por esé hombre  
 Tan excelente y por su raza entera,  
 Cuando con dura mano hácia el sepulcro  
 Os lleva para siempre empobrecidos?

ASES. I.º

Hombres somos, señor.

MACBÉTH.

Sí tal, sois hombres,

Cual reza del catálogo que perros  
 Son los galgos, podencos y lebreles,  
 Perdigueros, sabuesos y mastines,  
 Perros de agua y de presa. Se distinguen,  
 No obstante, en ser activos, ó pausados,  
 Por su astucia, cual guardas ó en la caza;  
 En consonancia justa con los dones  
 Que entre ellos repartió naturaleza;  
 Y, por eso, se agrega á cada uno  
 Distintivo especial en esa clase  
 En que con nombre igual se los denota.  
 Tal pasa con los hombres; y, por tanto,

Si el ínfimo lugar en esa serie  
Humana no ocupais, luégo decidlo.  
Empresa he de sembrar en vuestros pechos  
Que de esos enemigos os redima,  
Y á nuestro corazon os encadene;  
Pues con su vida mi salud se gasta,  
Y perfecta sería con su muerte.

ASES. 2.º De esos soy yo, señor, á quien el mundo  
Con azares y golpes de tal modo  
Ofendiera, que haría cualquier cosa  
Para ofender al mundo.

ASES. 1.º Yo lo mismo.  
Tan harto de desastres y de luchas,  
Que mi vida en cualquier albur jugara  
Para enmendarla ó darle fin.

MACBÉTH. Pues, Bánquo,  
Ya os dije yo, que es enemigo vuestro.

ASES. 2.º Es muy cierto, señor.

MACBÉTH. Tambien lo es mío.  
Y en tan sangrienta inmediacion, que hiere  
Cada minuto de su sér mi vida.  
Y aunque pudiera, porque así me cuadra,  
Barrerlo de mi vista sin reparo,  
No quiero hacerlo; porque amigos suyos,  
Que míos son al par, y me conviene  
No perder, tal accion lamentárian.  
Por esto yo reclamo vuestro auxilio,  
Para velar del público el asunto,  
Cual veis por circunstancias poderosas.

ASES. 2.º Lo que ordeneis, señor, habrá de hacerse.

ASES. 1.º Aunque cueste la vida.

MACBÉTH. Claro luce  
El ánimo en vosotros. Sin tardanza  
Os tengo de avisar donde apostaros.  
Noticias claras os daré del sitio,

Y del momento justo; porque debe  
 En esta misma noche ejecutarse.  
 Y léjos del Palacio; pues, ya os dije,  
 Que es preciso que á mí nadie me inculpe.  
 Ni dejareis señal ni rastro alguno.  
 Va Flëancio, sü hijo, en su compañía;  
 Y, como la del padre, me interesa  
 Su desaparicion; por tanto, sufra  
 Tambien la suerte del fatal momento.  
 Resolved solos, volveré más tarde.

LOS 2 ASES. Ya, señor, resolvimos.

MACBÉTH.

Sin demora

Vendré á veros. Entrad. ¡Está acabado!

(Vánse los asesinos.)

Si tu alma, Bánquo, se encamina al cielo,  
 Esta noche ó jamás remonte el vuelo.

## ESCENA II.

*Otra habitacion en el Palacio.*

Entran LADY MACBÉTH y un SIRVIENTE.

L. MACB. ¿Está Bánquo en la Corte?

SIRVIENTE.

No, señora;

Pero vuelve esta tarde.

L. MACB.

Breve rato

Dí que al Rey quiero hablar.

SIRVIENTE.

Sereis servida.

L. MACB.

Nada se obtiene: todo se malogra

Si nuestro anhelo sin placer se logra.

La paz de nuestras víctimas reemplace

Al falso goce que del crimen nace.

Entra MACBÉTH.

Dueño mío, ¿por qué tan solitario,  
De tristes pensamientos en compañía,  
Y acosado de idéas que debieron  
Morir con los sucesos que recuerdan?  
Hecho quede lö hecho.

MACBÉTH.

Sólo herimos:

No logramos matar á la serpiente.  
Á la lid volverá miéntras incautos  
De sus dientes estemos al alcance.  
Desquíciese la tierra y arda el mundo  
Antes que en tal terror pruebe alimento,  
Antes que duerma entre el nocturno espanto  
De estos hórridos sueños que me acosan.  
Más me valiera estar con los difuntos  
Á quienes muerte dí para ensalzarme,  
Que yacer en el lecho del tormento  
Del éxtasis convulso de mi mente.  
Dúncan en su sepulcro ya tranquilo  
Duerme acabada su febril carrera.  
Ya la traicion no teme, ni puñales,  
Ni venenos, ni guerras, ni discordias;  
Nada le alcanza.

L. MACB.

Dulce dueño, vamos:

Ese ceño desruga, y esta noche  
Que alegre nuestros huéspedes te vëan.

MACBÉTH.

Sí tal. Y á tí tambien, querida mïa;  
Acuérdate de Bánquo solamente:  
Halágalo con ojos y palabras:  
Aún no estamos seguros; y, entre tanto,  
Es fuerza que lä honra en los arroyos  
De la servil adulacion se lave:  
Que nuestros rostros máscaras se tornen  
Para ocultar al corazon.



L. MACB.

¡Oh, cesa!

MACBÉTH.

Sierpes sin fin mi espíritu devoran,  
¡Oh dulce esposa mía! Bánquo vive,  
Y Flëancio tambien.

L. MACB.

No son eternos.

MACBÉTH.

Eso, consuelo es.—Son vulnerables.  
Alégrate: no bien su claustro deje  
El murciélago vil, ó el monótono  
Zumbido del inmundo escarabajo  
Dé el somnífero toque de la noche,  
Acto tremendo ejecutarse debe.

L. MACB.

¿Qué se va á hacer?

MACBÉTH.

Ignóralo, paloma,  
Hasta aplaudirlo.—Ven, noche que ciega.  
Cubre los ojos al clemente día,  
Y tu mano sangrienta é invisible  
Cancele y rompa la hipoteca infausta  
Que me hace temblar. La luz se espesa,  
Y vuela el cuervo al bosque donde anida;  
Las bellezas del día desfallecen;  
Y de la noche los agentes negros  
Al botin se abalanzan.—¡Estas frases  
Te asombran! ¡Calla! Á lo que mal empieza  
Sólo el crimen dar puede fortaleza.  
Así, pues, ven conmigo.

### ESCENA III.

*Un parque con una entrada que conduce al Palacio.*

Entran tres ASESINOS.

ASES. 1.º

¿Quién te mandó venir?

ASES. 3.º

Macbéth.

ASES. 2.º

No es justo



Que de él vayamos á dudar, pues sabe  
Nuestra mision; y á lo que hacer debemos  
Nos encamina.

ASES. 1.º Quédese en buen hora.

Aún vacila la luz en Occidente.  
Ya espolea el viajero su caballo  
Para alcanzar posada.—Ya se acercan  
Los que esperamos.

ASES. 3.º Suenan herraduras.

BÁNQUO. ¡Hola! ¡una luz! (Dentro.)

ASES. 2.º Él es. Los que le aguardan

En la explanada están.

ASES. 1.º Y los caballos

Se llevan.

ASES. 3.º Á distancia de una milla.

Pero él, generalmente, como todos,  
A pié de aquí á Palacio se dirige.

BÁNQUO. ¡Una luz! ¡una luz!

ASES. 3.º Él es.

ASES. 1.º Espera.

Entran BÁNQUO y FLÉANCIO y un criado con antorcha.

BÁNQUO. Pues esta noche lloverá.

ASES. 1.º ¡Que caiga!

(Hiere á Bánquo.)

BÁNQUO. Traicion. Huye, hijo mío, huyé, huye:  
Quizás puedas vengarme.—¡Vil esclavo!  
(Muere. Fléancio huye.)

ASES. 3.º ¿Quién apagó la luz?

ASES. 1.º ¡No fué bien hecho?

ASES. 3.º Uno sólo cayó. Fugóse el hijo.

ASES. 2.º Una mitad perdemos del negocio.

ASES. 1.º Vamos á referir lo que ha pasado.

## ESCENA IV.

*Estrado en el Palacio.— Un banquete.*

Entran MACBÉTH, LADY MACBÉTH, ROSS, LÉNNOX,  
SEÑORES y acompañamiento.

MACBÉTH. Vuestros rangos sabeis. Tomad asiento.  
A todos doy la bienvenida.

SEÑORES. Gracias.

MACBÉTH. A vosotros unido, del banquete  
Los honores haré. La Reina nuestra  
Ocupe el trono; mas vendrá el momento  
En que hemos de pedir su bienvenida.

L. MACB. Por mí dadla, señor, á estos amigos.  
Cordialmente, señores, os saludo.

MACBÉTH. Ved: con el corazon os lo agradecen.  
(Aparte á Lady Macbéth.)

Iguales ambos lados.—Yo en el centro.  
(Aparece el ASESINO primero á la puerta.)

Regocijãos. Beberemos juntos  
Un trago en derredor.—Está manchada  
Tu faz de sangre. (Al asesino.)

ASES. I.º Pues será de Bánquo.

MACBÉTH. Mejor tú con la de él, que él con la tuya.  
¿Se despachó?

ASES. I.º Ya dellogado queda.

Esö hice, señor.

MACBÉTH. Pues te titulo

Degollador insigne; y, excelente  
Es tambien quien tal hizo con Flëancio:  
Si es que lo hiciste tú, sin par te nombro.

ASES. I.º Señor, el hijo se escapó.

MACBÉTH.

Pues vuelven

Mis zozobras: si no, feliz yo fuera;  
Duro cual mármol, firme como roca,  
Libre y sin trabas como el aire ambiente.  
Cercado, restringido, confinado,  
Limitado por dudas y temores,  
En cambio estoy. Mas ¿Bánquo está seguro?

ASES. I.º

¡Ah! Sí, señor. Seguro en hondo foso;  
Y veinte heridas tiene en la cabeza,  
Que la menor su muerte causaría.

MACBÉTH.

Gracias por eso. La serpiente ahí yace;  
El prófugo gusano, con el tiempo,  
Podrá criar veneno. Por ahora  
Dientes no tiene. Véte. Hasta mañana.  
Que otra vez nos veremos.

(Váse el asesino.)

L. MACB.

Dueño mío,

No animas el festin, que desfallece  
Si tu voz no lo alegra. Miétras dura  
Plácemes se han de oír; si no, más vale  
En familia yantar. Los agasajos  
La salsa deben ser de los banquetes,  
Que sin ellos insípidos serían.

MACBÉTH.

¡Dulce Mentor! Del apetito hoy sea  
La buena digestion, la sierva humilde,  
Y de ámbos la salud.

LÉNNOX.

Señor, sentaos.

MACBÉTH.

La honra aquí del país se cobijara  
Si el dignísimo Bánquo no faltase,  
Á quien quiero culpar de negligente,  
Y no compadecer por contratiempo.

Entra la sombra de Bánquo y se sienta en el sillón de Macbéth.

LÉNNOX.

Á su tardanza su promesa inculpa.  
Que vuestra majestad se sirva honrarnos

Con su rēal compaña.

- MACBÉTH. No hallo sitio.
- LÉNNOX. Aquí, señor, teneis el vuestro.
- MACBÉTH. ¿Dónde?
- LÉNNOX. Aquí, señor.—Mas ¿qué es lo que os agita?
- MACBÉTH. ¿Quién de vosotros es quien estō hizo?
- LÉNNOX. ¿Qué, señor?
- MACBÉTH. No direis que yo lö hice.—  
No me mires moviendo tus cabellos  
Empapados en sangre.
- ROSS. Alzãos, que indispuerto el Rey sē halla.
- L. MACB. No tal, sentãos. Á mi esposo, amigos,  
Esto suele ocurrir desde muy jóven.  
Permaneced sentados. Os lo ruego.  
Es momentáneo el trance, y ahora mismo  
Le pasará. Si en él haceis reparo  
Le ofendereis, y aumentará su angustia.  
Comed, no le hagais caso.—¿Y eres hombre?  
(Aparte á Macbéth.)
- MACBÉTH. Y un valiente, pues miro cara á cara  
Lo que al mismo Satán espantaría.
- L. MACB. ¡Brava sandez! ¡Del miedo son creaciones!  
Es el puñal aéreo que dijiste  
Que á Dúncan te guió.—Tales salidas  
Y sobresaltos tu pavor delatan,  
Y cuadrarían á raíz de un cuento  
Que, al amor de la lumbre, tosca jóven  
Narrara con permiso de su abuela.  
¡Qué vergüenza! ¿Qué gestos son los tuyos?  
¡Acaba! y tu sillón verás tan sólo.
- MACBÉTH. No tal. Mira. Contempla. ¿Lo estás viendo?  
¿Y ahora qué dices? Pero ¡qué me importa!  
Menēas la cabeza. Pues bien, habla.  
Si las tumbas y osarios nos devuelven  
Lo que enterramos, los Palacios sēan

Comederos de buitres. (Váse el fantasma.)

L. MACB.

Pero dime,

¿Tan de remate estás?

MACBÉTH.

¡Por vida mía!

Te juro que lo he visto.

L. MACB.

¡Qué vergüenza!

MACBÉTH.

Antes de ahora derramóse sangre:  
En los remotos tiempos, cuando al mundo  
Aún no purgaban saludables leyes.  
Y aun crímenes después se cometieron  
Cuyo relato espanta. Pero entonces  
Los hombres cuyos sesos se saltaban  
Morían y no más. Pero ahora vuelven,  
Y de nuestros sillones nos arrojan.  
¡Es esto aún más extraño que mi crimen!

L. MACB.

Tus amigos, señor, te echan de ménos.

MACBÉTH.

Me olvidé. Nobilísimos amigos,  
No os ocupeis en mí. Quien me conoce  
Ni advierte mi dolencia extraordinaria.  
¡Vamos! ¡Salud y mi amistad á todos!  
¡Siéntome, pues! Llenad con colmo el vaso.  
Brindo por el contento del concurso,  
Y á la salud de Bánquo, nuestro amigo,  
Que nos falta. ¡Pluguiera á Dios llegase!  
Por vosotros, por él. Brindo por todo.  
Para todos.

(Vuelve á aparecer la sombra de Bánquo.)

SEÑORES.

Es nuestro vuestro bríndis.

MACBÉTH.

¡Atrás! Huye de mí. Que te confunda  
La tierra. Están sin tuétano tus huesos.  
Helada está tu sangre; no se fija  
La imágen en tus ojos relucientes.

L. MACB.

Es, señores, su ataque conocido;  
No es otra cosa, mas la fiesta enturbia.

MACBÉTH.

Me atrevo á hacer lo que haga el más valiente.

Ven cual oso feroz, cual formidable  
 Rinoceronte, ó tigre de la Hircania,  
 Y en cualquier otra forma ménos esa  
 No temblarán mis nervios impasibles.  
 Ó vive nuevamente, y al desierto  
 Cítame con tu espada; si á encontrarte  
 Trémulo acaso voy, de una nodriza  
 Proclámame la cría. ¡Fiera sombra!  
 ¡Atrás: atrás, quimérico fantasma!  
 (Desaparece el fantasma.)

¿Te vas? Pues, ido, torno nuevamente  
 Á ser hombre.—Sentäos. Yo os lo ruego.

L. MACB. Has aguado la fiesta, y fin pusiste  
 Á la reunion con tu demencia extraña.

MACBÉTH. ¿Cómo es posible que esto sobrevenga,  
 Cual tormentosa nube de verano,  
 Sin causar nuestro asombro? Mas ähora  
 Aún de mí propio dudo, cuando miro  
 Que podeis contemplar tales visiones  
 Conservando el carmin de las mejillas,  
 Miéntras las mias emblanquece el miedo.

ROSS. ¿Qué visiones, señor?

L. MACB. Callad, suplico.

Crece su mal. La discusion le ofende.  
 A separarnos, pues. Que no os detenga  
 La etiqueta al partir; mas idos presto.

LÉNNOX. Felices noches, y que obtenga alivio  
 Su majestad.

L. MACB. Á todos buenas noches.

(Vänse todos ménos Macbéth y Lady Macbéth.)

MACBÉTH. ¡Sangre pide! La sangre sangre pide,  
 Así dicen. Las piedras se movieron:  
 Los árboles hablaron al influjo  
 De un augur ó por causas naturales.  
 Por medio de una urraca, ó cuervo, ó grajo

Hallóse al asesino más oculto.  
Y ¿cómo va la noche?

L. MACB. Con el día

Luchando está.

MACBÉTH. Mi autoridad rēhusa  
Macduff obedecer; ¿qué te parece?

L. MACB. ¿Le llamaste?

MACBÉTH. Por otro lo he sabido.

Mas le voy á llamar. No existē uno  
En cuya casa ño mantenga espías.  
Iré mañana á ver, iré temprano,  
Á las hermanas hechiceras. Quiero  
Saber ya más, y averiguar es fuerza  
El mal por malos medios. Cuanto existe,  
En mi provecho doblegarse debe.  
Vasto lago de sangre me circunda,  
Y ya de sus orillas tan distante,  
Es lo mismo el volver que el ir avante.  
Vaya á mis manos lo que al alma agita.  
Obrar sin discutir se necesita.

L. MACB. La sal te falta de la vida.—Sueño.

MACBÉTH. Durmamos, pues.—Procede como iluso  
Mi pánico novel, falto dē uso.  
¡Jóven aún es mi crimen! (Vánse.)

## ESCENA V.

*Truenos.— La dehesa.*

Entran las tres BRUJAS al encuentro de HÉCATE.

BRUJA I.<sup>a</sup> Tu ceño indicā, Hécate, tu enojo.

HÉCATE. ¿Y acaso sin razon, impertinentes  
Viejas audaces? ¿Cómo á vuestro antojo



Traficais en enigmas y en mortales  
 Asuntos con Macbéth, dispensadora  
 Yo de vuestro poder, de humanos males  
 Yo la única autora ;  
 Sin contar con mi ayuda necesaria  
 Al brillar nuestra ciencia extraordinaria ?  
 ¡Y es lo grave que hicísteis todö esto  
 Por un sér ambicioso y vengativo  
 Que nada os agradece, por supuesto,  
 Y sólo en su ambicion halla incentivo !  
 Más juicio en lo futuro ;  
 Y, ántes que el sol colore el horizonte,  
 Venid á las cavernas de Aqueronte.  
 Ni falte ampolla, encanto, ni conjurö,  
 Ni objeto, ó cosa alguna.  
 ¡Ahora á los aires ! que esta noche es fuerza  
 Que acto mortal y pavoroso ejerza.  
 ¡Ardua mi empresä es ! que de la luna  
 Pende túrgida gota vaporosa  
 Que he decoger, ántes que caiga, hoy mismo.  
 Mi magia poderosa  
 Al destilarla, genios tan arteros  
 Evocará, que hácia el profundo abismo  
 Irá tras sus engaños lisonjeros.  
 Mofará de su suerte,  
 Despreciará la muerte ;  
 Y ha de ser más potente su esperanza  
 Que su fe, sus recelos ó su juicio ;  
 Y sabéis que excesiva confíanza  
 A los hombres conduce al precipicio.

UNA VOZ DENTRO. Venid, venid, venid.

HÉCATE. Mi lindo genio ya me llama, öid ;  
 En esa nube vaporosa está. (Váse.)

BRUJA I.<sup>a</sup> Vámonos, pues, que presto volverá. (Vánse.)



## ESCENA VI.

*Fóres.— Habitación en el Palacio.*

Entran LÉNNOX y un SEÑOR.

LÉNNOX. Hiere vuestra razon lo que ántes dije.  
 Pues id algo más léjos.— Digo sólo  
 Que es raro lo ocurrido.— Condolióse  
 Macbéth del pobre Dúncan.— ¡Muerto estaba!  
 Muy tarde salió Bánquo de pasëo;  
 Y me direis que lo mató sü hijo,  
 Pues huyó.— ¡Quién de noche así pasëa!  
 ¿Quién no dirá que fué contra natura  
 De Donalbáin y Málcolm el horrendo  
 Parricidio?— ¡Fué hazaña monstrüosa!  
 ¡Cuál contristó á Macbéth! ¿En aquel punto  
 No hizo pedazos á los dos culpables,  
 Que el sueño y la bebida esclavizaban,  
 Lleno de honrada indignacion? Decidme:  
 ¿No obró con gran lealtad?— Y con talento.  
 ¿A qué pecho no hubiera enardecido  
 Óir que lo negaban? Por lo tanto  
 Se condujo muy bien; y me presumo  
 Que si bajo su llave se encontraran  
 (Lo que no será fácil si Dios quiere)  
 Los dos hijos de Dúncan, ya verían  
 Lo que es matar á un padre. Pues lo propio  
 Viera el hijo de Bánquo.— Pero, basta,  
 Pues sé que por charlar y susträerse  
 Del festin del tirano, Macduff vive  
 Hoy en desgracia. ¿Me podeis acaso

Decir dónde se encuentra?

SEÑOR.

El heredero

De Dúncan, de quien roba el patrimonio  
Este tirano, en Inglaterra vive,  
Y Eduardo el Pío tan gentil le acata,  
Que la fiereza de su aciaga suerte  
Allí no pudo mancillar su brillo.  
Macduff, del Santo Rey marcha á la corte,  
A impetrar que al valiente duque Suardo  
En nuestra causa interesar consiga.  
Con su auxilio (que el Dios de las alturas  
Sancionará) podremos nuevamente  
Vivir seguros y dormir tranquilos,  
Exentos del puñal nuestros festines;  
Mostrar lealtad, y vernos respetados,  
Universal anhelo.— Tales nuevas  
Al Rey exasperaron de tal modo  
Que á declarar la guerra se dispone.

LÉNNOX.

¿Mas no llamó á Macduff?

SEÑOR.

Así lo hizo

Mas con un seco «No, señor» responde;  
Y, ya vuelta la espalda al mensajero,  
Entre dientes parece murmuraba:  
«Ya os pesará que á daros tal respuesta  
Mi posición me obligue.»

LÉNNOX.

Y esto, acaso

Cautela le aconseje, y que á distancia  
Conveniente se ponga.—Un ángel bueno  
Vuele á Inglaterra, y ántes que retorne  
De allí Macduff, divulgue cuanto ocurre;  
Y pronta bendición de nuevo alegre  
A esta patria infeliz que mano infame  
Osa oprimir!

SEÑOR.

¡Que él lleve mis plegarias!

(Vánse).

# ACTO CUARTO.

---

## ESCENA I.

*Una caverna oscura. En el centro una caldera que hierve.—Truenos.*

Entran las tres BRUJAS.

BRUJA 1.<sup>a</sup> El gato atigrado tres veces mayó.

BRUJA 2.<sup>a</sup> Tres veces y una quejóse el erizo.

BRUJA 3.<sup>a</sup> La arpía avisó  
Que empieza el hechizo.

BRUJA 1.<sup>a</sup> En torno del cazo veloces giremos  
Y en él las infectas entrañas echemos.  
El sapo que en frígida peña dormía  
Y un mes incesante logró destilar  
Activo veneno de noche y de día  
En esta encantada caldera he de echar.

TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:  
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BRUJA 2.<sup>a</sup> De víbora astuta echemos la piel:  
Que hierva en el cazo, cociéndose en él.  
Ahí va de nocturno murciélagó lana,  
Lengua de sabueso, dardo de escorpion,  
Ojo de lagarto, músculo de rana,

- Ala de lechuza, de aspid aguijon.  
 Mágia poderosa tengan estos dones.  
 Bódrio del infierno, hierve á borbollones.
- TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:  
 Que el fuego se avive, que hierva el caldero.
- BRUJA 3.<sup>a</sup> Colmillo de lobo, y momia de hada,  
 Escama brillante de fiero dragon,  
 Enorme garguero y fauce inflamada  
 Que ostenta en los mares voraz tiburon.  
 El bazo de aleve blasfemo judío,  
 Cicuta cogida sin luz de raíz,  
 La hiel concentrada de macho cabrío,  
 De un tártaro labios, de un turco nariz.  
 Las hojas de abeto, que luna eclipsada  
 Con luz indecisa de plata vistió,  
 El dedo de un niño que madre malvada  
 Ahogado en un foso profundo dejó.  
 El caldo con esto que espese y que cuaje,  
 Y, unido al brebaje  
 Que ya se formó,  
 Inmundo intestino de tigre salvaje.
- TODAS. Redoblen, redoblen trabajo y esmero:  
 Que el fuego se avive, que hierva el caldero.
- BRUJA 2.<sup>a</sup> Podeis enfriarlo con sangre de mona,  
 Que así del hechizo la fuerza se abona.
- Entra HÉCATE.
- HÉCATE. Aplaudo tal celo, trabajo y constancia;  
 Tendrá cada una su justa ganancia.  
 Y, cual hadas diligentes,  
 Girando en torno, cantad;  
 Y los varios ingredientes  
 De la caldera hechizad.
- BRUJA 2.<sup>a</sup> Ya mis pulgares embota  
 Comezon que me denota  
 Que se aproxima el infame.

Quedad, puertas,  
Luégo abiertas  
A quien llame.

Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Siniestras, cáutas, tenebrosas brujas;  
¿Qué haceis? decid.

TODAS. Hazaña innominada.

MACBÉTH. Pues os conjuro yo por esa ciencia  
Que alcanzais no sé cómo á responderme:  
Aunque los aires desatados luchen  
Contra los templos, aunque el mar airado  
Azote y trague cuanto en él confía,  
Aunque el trigo espigado se revuelque,  
Y de cuajo los árboles se arranquen,  
Aunque caigan los fuertes torrëones  
Y á sus dueños confundan, aunque inclinen  
Pirámides y alcázares sus frentes  
Hasta el suelo tocar, aunque el tesoro  
De los diversos gérmenes del mundo,  
En espantosa confusion perezca;  
Á las preguntas responded que os haga.

BRUJA 1.<sup>a</sup> Decid, pues.

BRUJA 2.<sup>a</sup> Preguntad.

BRUJA 3.<sup>a</sup> Responderemos.

BRUJA 1.<sup>a</sup> ¿Las respuestas quereis de nuestra boca,  
Ó preferís que os hablen nuestros amos?

MACBÉTH. Llamadlos; que los vëa.

BRUJA 1.<sup>a</sup> De guarro, que aburre su propia camada  
De nueve lechones, la sangre verted.  
Con grasa de ignoble cadalso exudada  
La llama acreced.

TODAS. Venid, genios nobles y humildes, venid:  
Lucid vuestro ingenio, y el arte lucid.  
(Truenos. Aparece la sombra de una cabeza armada.)

MACBÉTH. Háblame tú, poder desconocido.

BRUJA I.<sup>a</sup> Sabrá cuanto penséis.

Su palabra escuchad, mas no le habléis.

APARICION. Guárdate de Macduff, Macbéth, Macbéth.  
Guárdate. Despedidme de una vez.

(Desaparece.)

MACBÉTH. Quien quiera fueres, tu consejo adopto.  
Las cuerdas, tú, de mi temor heriste.  
Mas oye.

BRUJA I.<sup>a</sup> Vuestras órdenes no escucha.

Otro más poderoso se aproxima.

(Truenos. Aparece la sombra de un niño ensangrentado.)

APARICION. Macbéth, Macbéth, Macbéth.

MACBÉTH. Te escucho con oídos triplicados.

APARICION. Sé sanguinario, firme y atrevido,  
Que sér ninguno de mujer nacido  
Humillará á Macbéth. (Desaparece.)

MACBÉTH. Pues vive tú, Macduff, ¿á qué temerte?  
Mas para asegurar aún lo seguro,  
Y una hipoteca conseguir del hado,  
No vivirás, y así diré que miente  
Del miedo vil el pálido fantasma,  
Y dormiré miéntras retumbe el trueno.

(Truenos. Aparece la sombra de un niño coronado con un árbol en la mano.)

¿Quién cual hijo de Reyes se levanta,  
Y, á sus sienes de niño, ciñe ufano  
La diadema rëal?

TODAS. Öid, no habléis.

APARICION. Ten brío de leon, ten arrogancia:  
Ni te preocupe queja ni lamento,  
Ni des á los rebeldes importancia;  
Que invencible es Macbéth hasta el momento  
Que vaya de Birnam contra él la selva  
Y á Dunsinania su verdor envuelva.

MACBÉTH. ¡Jamás eso será! Que ¿á quién es dado  
Movilizar el bosque, ni ha podido

Hacer viajar al árbol arraigado?  
 Gratos augurios, vedme agradecido.  
 Rebelion, tu cabeza no levantes  
 Hasta que el bosque de Birnam se anime,  
 Que, al cumplir de su vida los instantes,  
 De otro tributo así Macbéth se exime  
 Que el de pagar la deuda, que en su día  
 Nadie eximirse de pagar podría.  
 Mas decid, si á esto alcanza vuestra ciencia,  
 Ánsia mi corazon averiguarlo:  
 ¿De Bánquo reinará la descendencia?

TODAS. Inútil es que intentes indagarlo.

MACBÉTH. Decidlo de una vez. — Yo os lo requiero;  
 Ú os he de maldecir ciego de ira...

¿Por qué hundirse contemplo ese caldero?  
 ¿Qué ruido es éste? (Música.)

BRUJA 1.<sup>a</sup> Mira.

BRUJA 2.<sup>a</sup> Mira.

BRUJA 3.<sup>a</sup> Mira.

TODAS. Su corazon, sus ojos afligid.  
 Sombras, llegad y rápidas partid.

(Aparecen ocho reyes que pasan en procesion. El último con un espejo en la mano. Bánquo los sigue.)

MACBÉTH. Por demás á la sombra te asemejas  
 De Bánquo.—Huye de mí, que tu corona  
 Quemando está mis ojos.—¡Tus cabellos,  
 Que áurea diadema ciñen igualmente,  
 Con la primer vision parejas corren!  
 ¡El tercero tambien! — Infames brujas,  
 ¿Por qué me haceis ver esto? — ¡Y áun el  
 [cuarto!  
 ¡Vaciãos, ojos, ya! — ¿Pero esta série  
 Se ha de extender hasta que el mundo es-  
 [talle? —  
 ¡Otro! — ¡El séptimo es éste! — Cegar quiero,



Mas el octavo llega, y otros tantos  
 En un espejo á contemplar me obliga.  
 Y algunos hay que ostentan orgullosos  
 Dos mundos, triples cetros. Vista horrenda,  
 Comprendo ya que realidades miro;  
 Que el desangrado Bánquo se sonríe,  
 Y me indica que son de su linaje.  
 ¿Verdad es esto?—Responded vosotras.

BRUJA I.<sup>a</sup> Aunque es la verdad,  
 Macbéth, ¿por qué causa denotas espanto?  
 Su espíritu, hermanas, con mágico encanto  
 Venid y alegrad.  
 Del aire que hechizo resuena ya el canto;  
 En mística danza vosotras en tanto  
 Veloces girad,  
 Y al rey poderoso vereis complacido  
 Del pleito homenaje que le hemos rendido.  
 (Música. Las Brujas bailan y luégo se desvanecen.)

MACBÉTH. ¿En dónde están? Huyeron.—¡Estä hora  
 Maldiga el calendario eternamente!—  
 ¡Hola! podeis entrar.

(Entra LÉNNOX.)

LÉNNOX. Señor, ¿qué ocurre?

MACBÉTH. ¿A las Brujas hermanas no habeis visto?

LÉNNOX. No, señor.

MACBÉTH. ¿Vuestro puesto no cruzaron?

LÉNNOX. No tal, señor.

MACBÉTH. Que se corrompá el aire

Donde cabalgan, y maldito sea

Quien confianza en ellas deposite.

Herraduras oí: ¿quiénes pasaban?

LÉNNOX. Dos ó tres que las nuevas han traido

De que Macduff hácia Inglaterra huye.

MACBÉTH. ¿Hácia Inglaterra?

LÉNNOX.

Así lo aseguraron.



MACBÉTH. ¡Oh tiempo! A mis empresas te anticipas.  
 Los actos al propósito no alcanzan  
 Si unidos no caminan.— Desde ahora  
 Serán de mis intentos las primicias  
 Primicias de mis manos. De hoy más sea  
 Pensar y ejecutar. Actos coronen  
 Mis pensamientos. Debo apoderarme  
 De Fáife y sorprender debo el castillo  
 De Macduff, y á sus hijos y á su esposa,  
 Y á todo su linaje desgraciado  
 Pasar debo á cuchillo sin tardanza.  
 Puede enfriarse mi intencion más tarde.  
 ¡A hacerlo, no se torne en necio alarde!  
 Mas de visiones basta. Conducidme  
 Al sitio donde estén esos señores. (Vánse.)

## ESCENA II.

*Habitacion en el Castillo de Macduff.*

Entran LADY MACDUFF, su HIJO y ROSS.

L. MACD. ¿Qué motivó su repentina fuga?

Ross. Señora, tened calma.

L. MACD. ¿Y él la tuvo?

Demencia fué el huir, pero en traidores  
 Si las acciones no, nos torna el miedo.

Ross. No sabeis si fué miedo ó fué prudencia.

L. MACD. ¿Prudencia abandonar mujer é hijos,  
 Su palacio, su honor, dejarlo todo  
 Aquí de donde él huye?— No nos ama.  
 La ingénita ternura desconoce.  
 Sin temor hace frente á la lechuza

El pobre «reyezuelo», entre las aves  
 La más pequeña, si en su nido hay cría.  
 Hay sobra de temor y amor ninguno,  
 Ni hay cordura en huir, cuando se opone  
 A la razon huir.

- Ross. Amada prima,  
 Calma, por Dios, tened.—Vuestro marido  
 Es honrado, es discreto y es prudente.  
 Sabrá mejor quẽ otro lo que cuadra.  
 No quiero decir más.—Época triste  
 Es la actual, en que traidores somos  
 Sin saberlo tal vez. En que á las gentes  
 Los temores preocupan y se ignoran  
 Las causas del temor; y, así, sin rumbo  
 Mares bravios al azar cruzamos.  
 Me despido de vos; pero muy presto  
 He de volver. El mal acaso cese  
 En su punto peõr; y acaso todo  
 A su prístino sér rápido torne.  
 Que os bendiga el Señor, hermosa prima.
- L. MACD. Tiene á su padre, pero está sin padre.
- Ross. Necio fuera en quedarme aquí más tiempo.  
 Fuera mi oprobio y la desdicha vuestra:  
 Por tanto, me despido. (Váse.)
- L. MACD. Bribonzuelo, tu padre ha muerto ¿qué harás  
 ahora? ¿Cómo te mantendrás?
- Hijo. Como las aves, madre mía.
- L. MACD. ¿Cómo? ¿Con orugas y moscas?
- Hijo. Quiero decir, con lo que encuentre, comõ  
 ellas.
- L. MACD. ¡Pobre pajarillo! Ni trampas temerás, ni  
 ligas, ni redes, ni asechanzas.
- Hijo. ¿Por qué las he de temer, madre mía? Nadie  
 caza á míseros pajarillos. Pero, á pesar de  
 cuanto dices, mi padre no ha muerto.

L. MACD. Sí, que ha muerto. ¿Qué harás para tener padre?

HIJO. Y ¿qué harás tú para tener marido?

L. MACD. ¡Vaya! Pudiera comprarme veinte donde quiera.

HIJO. Pues los comprarías para venderlos.

L. MACD. Aguzas el ingenio. Y mucho tienes en relación á tu edad.

HIJO. ¿Era traidor mi padre, madre mía?

L. MACD. Sí que lö era.

HIJO. ¿Qué es ser traidor?

L. MACD. Jurar y faltar al juramento.

HIJO. ¿Y cuantos hacen eso son traidores?

L. MACD. Quien quiera que tal haga es traidor y debe ser ahorcado.

HIJO. ¿Y todos los que juran y faltan á su juramento deben ser ahorcados?

L. MACD. Todos.

HIJO. ¿Quién los ha de ahorcar?

L. MACD. Los hombres de bien.

HIJO. Entónces los que juran y faltan á su juramento imbéciles son, porque los que juran y perjuran son bastantes para dominar ellos y ahorcar á los hombres de bien.

L. MACD. ¡Pobrecillo mío! ¿Qué harás ahora para tener padre?

HIJO. Si hubiera muerto le lloraras; y si no lo hicieras sería segura señal de que pronto tendría nuevo padre.

L. MACD. Pobre charlatan, qué decidor estás.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJ. Bendecida seáis, hermosa dama;  
Aunque soy para vos desconocido,  
El honor es mi norte. Considero  
Que un peligro hácia vos raudo camina:

El consejo aceptad de un hombre llano;  
De aquí con vuestros hijos huid al punto.  
Brutal en asustaros quizás sēa,  
Mas no hacerlo feroz crueldad sería,  
Que adelanta hácia vos. Que Diosos guarde.  
Quedarme aquí no puedo. (Váse.)

L. MACD. ¿Dóndē huyo?

¿Qué daño hice jamás? Pero mē hallo  
En este mundo terrenal, en donde  
Hacer el mal á veces es laudable,  
Y hacer el bien se considera á veces  
Locura peligrosa ¡ay triste! Entónces  
¿Á qué aducir la femenil excusa  
De no haber hecho mal? ¡Ay Dios, qué caras!

Entran ASESINOS.

ASESINO. ¿Dónde, decid, está vuestro marido?

L. MACD. No en lugar tan infame, así lo espero,  
Donde un sér como vos verlo pudiera.

ASESINO. Era un traidor.

Hijo. Mentiste, ruin villano.

ASESINO. ¡Qué! ¡Pollo en cascaron! ¡Traidor en leche!

Hijo. Me mató, madre mía, por Dios, huye.  
(Váse Lady Macduff perseguida por los asesinos.)

### ESCENA III.

*Inglaterra: el Palacio Rēal.*

Entran MÁLCOLM y MACDUFF.

MÁLCOLM. Busquemos un lugar sólo y sombrío  
Donde verter las lágrimas del pecho.

MACDUFF. Empuñemos más bien con mano firme

El hierro matador, y protejamos,  
 Cual buenós, á la patria agonizante.  
 Gimen nuevas viudas cada día,  
 Nuevos huérfanos lloran, nuevas penas  
 Hieren la faz del cielo de improviso;  
 Y, resonando su dolor, prorumpe  
 Acongojado en gritos, cual si fuese  
 Su duelo el mismo que á la Escocia aflige.

MÁLCOLM. Deploro lo que crëo; pero crëo  
 Tan sólo lo que sé. Cuanto yo pueda  
 Veré de remediar, si me auxilia  
 Propicia la ocasion. Verdad, sin duda,  
 Será cuanto decís. Este tirano  
 Cuyo nombre enunciar la lengua llaga,  
 Honrado parecía. Y áun vos propio  
 Le estimásteis. Ni mal alguno os hizo.  
 Jóven yo soy: podeis merecimientos  
 Lograr con mi rüina, y es prudente  
 Al cordero ofrecer en holocausto  
 Para aplacar á un Dios.

MACDUFF. Traidor no he sido.

MÁLCOLM. Mas sí Macbéth. El pecho honrado y noble  
 El encargo imperial quizás rehuya:  
 Concededme perdon;—mi pensamiento  
 Lo que seáis adivinar no alcanza:  
 Aun los ángeles brillan, y ha caído  
 De entre ellos el mejor; y, aunque se ostente  
 Vuestra virtud como virtud, la infamia  
 Tambien la faz de la virtud ostenta.

MACDUFF. ¡Perdí mis esperanzas!

MÁLCOLM. Donde, acaso,  
 He hallado yo mis dudas.—¿Desvalidos,  
 Decid, por qué dejais hijos y esposa,  
 Fuertes lazos de amor, dulces resortes,  
 Sin despediros? Perdonadme os ruego.

Mis recelos no hieran vuesträ honra.  
 Son mi seguridad, y aunque recele,  
 La razon quizá esté de vuestra parte.

MACDUFF. ¡Ay! llora, llora sangre, pobre patria;  
 Sobre ancha base tu poder asienta  
 Horrenda tiranía. No se atreve  
 A contrastarte la virtud. Tus males  
 Soporta, pues, que tiembla tu monarca.  
 Adiós, señor.—Ni por la tierra toda  
 Que abarca este tirano, ni tampoco  
 Por el Oriente entero, yo sería  
 El vil que me juzgais.

MÁLCOLM. No os hago ofensa.  
 En completo de vos no desconfío.  
 Sé que la patria bajo el yugo gime;  
 Que llora y sangre pierde. Que á sus llagas  
 Hondas heridas sin cesar se agregan.  
 Tambien presumo que en mi causa justa  
 Prontas manos se alzäran; y äun ähora  
 De Inglaterra el cortés ofrecimiento  
 De millares de hombres he tenido.  
 Mas öid; aunque pise del tirano  
 La cabeza ó la lleve en esta espada,  
 La pobre patria mía más dolores  
 Que äntes ha de sufrir, aún más desdichas,  
 Más azares que nunca en el reinado  
 Del sucesor.

MACDUFF. ¿Mas quién juzgais que fuese?

MÁLCOLM. Me refiero á mí mismo, en quien existen  
 Ingeritados los vicios de tal modo,  
 Que al madurar, serán, cual nieve, blancas  
 Las sombras de Macbéth; y cual cordero  
 Esta tierra infeliz quizás lo estime  
 Al contemplar mis desbordados vicios.

MACDUFF. Del infiernö en las lóbregas regiones

No hay sér ninguno que á Macbéth iguale.

MÁLCOLM. Verdad que es sanguinario, lujurioso,  
Disimulado, falso y avariento,  
Iracundo y malvado; y que se äunan  
En él cuantas infamias tienen nombre.  
Mas es mi incontinencia ilimitada:  
Vuestras esposas todas, vuestras hijas,  
Doncellas y matronas, no pudieran  
Saciar el ánsia mía; y mis desëos  
Todos los valladares arrollaran  
Puestos á mis caprichos: no, más vale  
Que, en vez de tal monarca, Macbéth reine.

MACDUFF. Del cuerpo la insaciable incontinencia  
Tiranã es; y fué frecuente causa  
De desiertos quedar tronos felices,  
Y de haber sucumbido muchos reyes.—  
Mas no temais, señor: tomad lo vuestro:  
Para el placer teneis campo anchuroso,  
Y de tibio, quizás, el tiempo os tache.  
Damas fáciles hay en abundancia,  
Y no sereis tan insaciable buitre  
Que á tantas devoreis, como propicias  
Se prestan á pomposas liviandades.

MÁLCOLM. Y tambien en mi pecho alborotado  
Tan insaciable la codicia cunde,  
Que, á ser rey, sin piedad sacrificara  
Al noble por sus tierras ó sus joyas  
Ó palacios; y estímulo tan sólo  
La profusion será de mi apetito.  
Contra seres honrados y læales  
Quejas forjara, y arruinar los viera  
Para gozar yo sólo de sus bienes.

MACDUFF. Ahonda más en el pecho la avaricia,  
Y con raíces más dañinas cunde  
Que la estival lujuria. Fué la espada



Que humilló la cerviz de nuestros reyes.  
 Mas no temais. Tesoros tiene Escocia  
 Que vuestros han de ser. Colmad con ellos  
 Vuestra ambicion. Son tachas llevaderas  
 Cuando otras cualidades las encubren.

MÁLCOLM. Cualidades de rey ningunas tengo.  
 Apénas paladëo la justicia,  
 Ni la veracidad, ni la templanza,  
 La largueza, la calma, la cordura,  
 La humildad, la constancia, la clemencia,  
 La lealtad, la firmeza, ni el denuedo;  
 Pero no hay crimen, de cualquier especie,  
 Que no me atraiga de diversos modos.  
 Si el poder alcanzara, vertería  
 La miel de la concordia en el infierno,  
 La paz del universo perturbara,  
 Y la unidad del mundo confundiera.

MACDUFF. ¡Oh Escocia! ¡Escocia!

MÁLCOLM. Si juzgais que digno

Soy de reinar, decid. Soy cual os dije.

MACDUFF. ¿De reinar? No,—ni de vivir tampoco.

¡Oh! nacion infeliz! Abandonada  
 Á un tirano sin títulos, que el cetro  
 En sangre tiñe, ¿tu vigor pasado  
 Cómo es posible ver restablecido,  
 Si el legal heredero de tu trono  
 Está maldito de su propia boca,  
 Y renegando está de su linaje?

Vuestro padre, señor, rey santõ era:  
 La madre por quien fuísteis concebido,  
 Más que de pié con humildad, de hinojos,  
 Diariamente moría.—Dios os guarde.  
 Los vicios que os habeis echado en cara  
 Me destierran de Escocia.—Pecho mío,  
 Aquí tus esperanzas acabaron.

**MÁLCOLM.** Macduff, tan noble cólera, que es hija  
 De integridad inmensa, desvanece  
 Los lóbregos temores de mi alma,  
 Reconciliando el pensamiento mío  
 Con el candor y la nobleza vuestra.  
 Ese infernal Macbéth ya seducirme  
 Por análogos medios ha intentado,  
 Y la comun prudencia me impedía  
 Ser demasiado crédulo. Que juzgue  
 Desdē hoy sólo Dios entre nosotros.  
 Me pongo desde luégo en vuestras manos.  
 De haberme calumniado me arrepiento,  
 Y abjuro de las faltas y las culpas  
 Que sobre mi lancé, cual cosa extraña  
 A mi carácter.—Me mantengo casto,  
 Siempre cumplí mis sacros juramentos,  
 No he codiciado, apénas, ni aun lo mío,  
 Jamás falté á mi fé, traicion no haría  
 Al mismo Satanás; y me deleita  
 Como la vida la verdad. Tan sólo  
 Hoy, por primera vez, veraz no he sido  
 De mí al hablar; mas lo que soy realmente  
 Ofrezco á vos y á mi affligida patria,  
 Hácia la cual al punto que llegásteis  
 El viejo Suardo de diez mil guerreros  
 La belicosa marcha disponía.  
 Iremos ahora unidos, y la suerte  
 Al término dichoso nos conduzca  
 De nuestro justo contender. Decidme,  
 ¿Por qué callais?

**MACDUFF.** Reconciliar no es fácil  
 Tan faustas, tan infaustas circunstancias.

Entra un DOCTOR.

**MÁLCOLM.** Ya hablaremos. Decid: ¿el Rey se acerca?

**DOCTOR.** Sí, señor, una turba de infelices

Esperan de él su curacion: sus males  
Desafían la ciencia, mas los toca—  
Tal santidad el cielo da á su mano—  
Y los cura.

MÁLCOLM. Doctor, os doy las gracias.  
(Váse el Doctor.)

MACDUFF. ¿Y qué enfermedad es?

MÁLCOLM. Se denomina  
Escrófula. Su cura milagrosa  
Opera este buen Rey. Frecuentemente  
Le he visto yo curar desde mi estada  
En Inglaterra. Cómo solicita  
El favor de los cielos nadie entiende.  
Mas á enfermos que raros males sufren,  
Hinchados, ulcerados, repugnantes—  
La desesperacion del cirujano—  
Suele sanar, colgándoles medallas  
Del cuello, al pronunciar sagrados rezos.  
Y de curar la facultad bendita  
Se dice deja al sucesor. Se äuna  
A tan rara virtud, el sacrosanto  
Dón de la profecía, y otras muchas  
Bendiciones circundan á su trono  
Que su indudable santidad pregonan.

MACDUFF. Ved quién se acerca aquí.

MÁLCOLM. Paisano mío,  
Pero no le conozco.

Entra ROSS.

MACDUFF. Bien llegado,  
Mi siempre noble deudo.

MÁLCOLM. Ya os conozco.—  
¡Omnipotente Dios! Las circunstancias  
Cambia tú que en extraños nos convierten.

ROSS. Amén, señor.

MACDUFF. ¿Do estaba yace Escocia?

**ROSS.** ¡Ah pobre patria! Tiembla al contemplarse.  
 Nuestra madre no es ya, que es nuestra tumba.  
 Sólo quien nada sabe allí sonríe.  
 Suspiros y lamentos y sollozos  
 Suenan hendiendo el aire—y ni se escuchan.  
 Allí el dolor violento es una forma  
 Nueva de la locura. Allí ya nadie  
 Pregunta por quién tocan á difunto.  
 Allí las almas de la gente honrada  
 Se marchitan, cual flores en su cáliz,  
 Y ántes que enferman, mueren.

**MACDUFF.** ¡Oh relato  
 Ingenioso quizás, más verdadero!

**MÁLCOLM.** Referid la desgracia más reciente.

**ROSS.** Es silbado el discurso de quien narra  
 La que ha ocurrido en la pasadã hora.  
 Una nueva se engendra cada instante.

**MACDUFF.** ¿Y mi esposa?

**ROSS.** Pues.... bien.

**MACDUFF.** ¿Los hijos míos?

**ROSS.** Bien tambien.

**MACDUFF.** ¿Ese mónstruo no ha atentado  
 Contra su paz?

**ROSS.** Se hallaban en paz todos  
 Cuando yo los dejé.

**MACDUFF.** No de palabras  
 Tan escaso säais. Decid, ¿qué ocurre?

**ROSS.** Cuando partí para tráeros nuevas,  
 Grave carga en verdad, rumor corría  
 De haberse alzado valerosa gente.  
 Y que fuera verdad, yo me presumo,  
 Pues reunía sus huestes el tirano.  
 Ahora el momentö es. Vuestra presencia  
 Creará guerreros. Las mujeres mismas  
 Vereis luchar para romper sus grillos.

MÁLCOLM. Hallen consuelo, que hácia allá marchamos.  
 Inglaterra nos presta diez mil hombres  
 Y al noble Suardo; y general ninguno  
 Hay en la cristiandad, ni más experto  
 Ni mejor.

Ross. Ojalá que yo pudiera  
 Igual consuelo dar; pero mis voces  
 A los desiertos aires aullaría,  
 No donde öidos detenerlas pueden.

MACDUFF. ¿Con el bien general se relacionan,  
 O es desgracia privada, que tan sólo  
 A un individuo atañe?

Ross. Todö hombre,  
 Si honradö es, en ella parte toma;  
 Pero la parte principal es vuestra.

MACDUFF. Si es mía no calleis.—Decidla presto.

Ross. Vuestros öidos á la lengua mía  
 No desprecien por siempre, mas forzoso  
 Le es dar al aire tan siniestros sonos  
 Cual no öísteis jamás.

MACDUFF. ¡Ah; lo adivino!

Ross. Fué vuestra fortaleza sorprendida,  
 Vuestros hijos y esposa degollados:  
 Referiros los bárbaros detalles,  
 Fuera al monton de víctimas tan caras  
 Agregaros á vos.

MÁLCOLM. ¡Dios bondadoso!  
 ¡Hombre, hablad! No caleis vuestro sombrero  
 Á los ojos. Dad voz á las desdichas.  
 El dolor, que en palabras no se expresa,  
 Callado dice al corazon que estalle.

MACDUFF. ¿Y mis hijos tambien?

Ross. Esposä, hijos,  
 Sirvientes. Todos los que hallar pudieron.

MACDUFF. ¡Y yo no estar allí! ¿Tambien mi esposa?

ROSS. ¡Lo dije!

MÁLCOLM. ¡Calma! Heróica medicina,  
Que vuestros males angustiosos cure,  
Nuestra venganza tremebunda sēa.

MACDUFF. No tiene hijos. ¡Mis preciosos hijos!  
¿Todos decís? Buitre infernal ¿qué? ¿Todos?  
¡Todos mis tortolillos y su madre  
De un solo horrible golpe!

MÁLCOLM. Cual hombre, pues, vengãos.

MACDUFF. Sí por cierto;  
Pero es fuerza tambien sentir cual hombre.  
Tengo que recordar que ya no existe  
Lo que me era en el mundo más querido.  
¡Y el cielo lo miró sin ampararlos!  
¡Oh pecador Macduff! Por tí perecen.  
¡Triste de mí! No fué por vuestras culpas;  
Que sois sacrificados por las mias.  
¡Que el cielo os brinde su eternal descanso!

MÁLCOLM. Vuestra espada afiled en vuestro duelo;  
Convertid en furor vuestra amargura;  
Que el corazon se irrite, no se embote.

MACDUFF. Con mis ojos mujer me mostraria  
Y con mi lengua, audaz. Pero ¡Dios mío!  
Aniquila distancias. Frente á frente  
Ponme de este Luzbel; que se coloque  
De mi espada al alcance. Si la evita,  
Que hasta perdon el cielo le conceda.

MÁLCOLM. Ese ya es tono varonil. Vēamos  
Al Rey; todo está listo. Falta sólo  
Su real vénia. Macbéth ya vacilante  
Está para cãer, y á concedernos  
Ya su favor el cielo se dispone:  
Mitigad el dolor que os anonada.  
No hay noche que no tenga su albórada.



# ACTO QUINTO.

---

## ESCENA I.

*Dunsinánia. Habitación en el Castillo.*

Entran un DOCTOR y una DAMA.

DOCTOR. Dos noches hemos velado juntos, pero no he visto confirmada la verdad de vuestro relato. ¿Cuándo fué la última vez que la visteis pasär?

DAMA. Desde que su Majestad fué á campaña la he visto levantarse, echarse la bata, abrir su pupitre, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo luégo, sellarlo y volver otra vez al lecho; y todo esto completamente dormida.

DOCTOR. Grave perturbacion demuestra en sus facultades gozar á la vez del beneficio del sueño, y ejecutar actos que corresponden á la vela. En ese perturbado sueño, además del andar y de otras manifestaciones, ¿no recordais si alguna vez ha dicho algo?



- DAMA. Señor, lo que no repetiré jamás.
- DOCTOR. A mí podeis hacerlo. Y áun es conveniente que lo hagais.
- DAMA. Ni á vos ni á nadie, pues no tengo testigos que confirmen mis asertos.

Entra LADY MACBÉTH con una vela encendida.

Mirad, aquí llega. Esta es su apariencia usual, y por vida mía que está dormida completamente. Observadla. Aproximáos.

- DOCTOR. ¿De dónde tomó esa luz?
- DAMA. La tenía á su lado. Tiene luz junto á sí constantemente. Es órden expresa suya.
- DOCTOR. Sus ojos están abiertos.
- DAMA. Sí: pero cerrados á la sensacion.
- DOCTOR. ¿Qué hace ähora? Ved cómo se restrega las manos.
- DAMA. Es acto usual en ella. Hacer como que se lava las manos. La he visto continüarlo por un cuarto de hora.

L. MACB. Aún queda aquí una mancha.

DOCTOR. Öid. Habla. Anotaré lo que diga para que sirva de garantía á mi memoria.

L. MACB. ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! ¡Lä una! ¡Las dos! ¡Vaya! Ya es tiempo de ponerlo por obra. ¡Qué lóbrego está el infierno! ¡Qué vergüenza, dueño mío, qué vergüenza! ¡Soldado y tener miedo! ¿Qué importa que llegue á saberse, si nadie puede pedirnos cuenta? Pero ¿quién pudo imaginar jamás que aquel viejo tuviera tanta sangre?

DOCTOR. ¿Öís eso?

L. MACB. El señor de Fáife tenía esposa. Ahora ¿dónde está? Pero qué, ¿no he de poder ver limpias estas manos? Cesa, dueño mío,

cesa. Todo lo echas á perder con esos sobresaltos.

DOCTOR. ¡Vaya! ¡Vaya! Sabeis lo que no debíais saber.

DAMA. Ha dicho lo que no debía decir. Segura estöy de ello. El cielo sabrá lo que ella sabe.

L. MACB. Todavía huelen á sangre. Ni todos los perfumes de la Arabia quitarán el olor de esta pequeña mano mía. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

DOCTOR. ¡Qué suspiro! ¡Grave carga lleva ese corazón!

DAMA. Ni por toda la dignidad que el cuerpo tener pudiera llevara yo tal corazón en mi pecho.

DOCTOR. ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

DAMA. Rogad á Dios que así sea.

DOCTOR. No alcanza mi ciencia á curar semejante enfermedad; y, sin embargo, sonámbulos he conocido que murieron santamente en sus lechos.

L. MACB. Lávate las manos. Ponte la bata. No estés tan pálido. Te repito que Bánquo está enterrado. Que no puede salir de su tumba.

DOCTOR. ¡Eso más!

L. MACB. Al lecho, al lecho. Lllaman á la puerta. Ven. Ven. Ven. Ven. Dame la mano. Lõ hecho no puede deshacerse. Al lecho. Al lecho. Al lecho.

DOCTOR. ¿Se irá á la cama ahora?

DAMA. Inmediatamente.

DOCTOR. Va la murmuración de boca en boca.  
Acciones inhumanas, inhumanos  
Trastornos causan, y la mente infecta  
Á la almohada sus secretos fia.  
Confesor y no médico requiere.  
Dios, Dios perdone á todos. Vigíladla:  
De su lado apartad cuanto la dañe:

Ni os separeis de ella. Buenas noches.  
 Mi mente hirió; mis ojos ha asombrado:  
 Pensaré, mas conviene estar callado.

DAMA. Buenas noches tengais, Doctor amigo.

## ESCENA II.

*Campo cerca de Dunsinánia.*

Entran con tambores y banderas MENTEITH, CAITHNÉSS,  
 ANGUS, LÉNNOX y soldados.

MENTEITH. El ejército inglés, que Málcolm guía  
 Con Suardo y con Macduff rápido avanza.  
 Vengativo rencor en ellos arde,  
 Y al más tibio excitar su causa debe  
 Á la sangrienta y hórrida pelëa.

ANGUS. De Birnam en la selva los veremos,  
 Que por ese sendero se adelantan.

CAITHNÉSS. ¿Donalbáin se ha reunido con su hermano?

ANGUS. Seguramente no. Tengo la lista  
 De los nobles. De Suardo viene el hijo,  
 Y otros muchos donceles de alta cuna  
 Que hoy de hombres ufanos alardëan.

MENTEITH. Y el tirano ¿qué hace?

CAITHNÉSS. Á Dunsinánia

Con ardor fortifica. Dicen unos  
 Que demente ahora está; mas otros dicen,  
 Que acaso ménos odio le profesan,  
 Que es furor por luchar. De todos modos  
 No puede con el cinto de su mando  
 Ceñir el talle de su enferma causa.

ANGUS. Ni de sus manos despegar ya puede

Los crímenes ocultos. Patentizan  
 Su deslealtad continuas deserciones.  
 Si manda, le obedecen porque manda,  
 No por afecto; y ve que su grandeza,  
 Como vestido de gigante, envuelve  
 El talle de un raquíto ratero.

MENTEITH. ¡Qué extraño es que tiemble ni que luche  
 Su dañado interior, cuando es preciso  
 Que todo allí se juzgue condenado!

CAITHNÉSS. Marchemos á prestar nuestro homenaje  
 Donde es debido. Nuestra sangre toda  
 Unamos á la noble medicina  
 Que ha de purgar á nuestra enferma patria.

LÉNNOX. Ó toda, ó la bastante, porque riegue  
 La altiva planta y que la hierba anegue.  
 Hacia la selva de Birnam marchemos.  
 (Vánse marchando.)

### ESCENA III.

*Dunsinania. Habitación en el Castillo.*

Entran MACBÉTH, DOCTOR y servidores.

MACBÉTH. ¡No más noticias! ¡Llévelas el aire!  
 Hasta que el bosque de Birnam se acerque  
 Á Dunsinania, duerman mis temores.  
 ¿No nació de mujer el niño Málcolm?  
 Los genios que conocen el futuro  
 Se expresaron así: «Macbéth, no temas,  
 Que sér ninguno de mujer nacido  
 Te ha de dañar.» Hüid, traidores nobles.  
 Id con los epicúreos de Inglaterra.

El alma audaz y el corazon valiente,  
Ni admite dudas ni temores siente.

Entra un SIRVIENTE.

Negro el diablo te ponga á maldiciones,  
Menguado de alba faz, ¿de dónde hubiste  
Ese mirar de liebre?

SIRVIENTE. Diez mil...

MACBÉTH. ¿Liebres?

SIRVIENTE. Señor, guerreros.

MACBÉTH. Hiérete la cara,

Y colora tu espanto, rapazuelo;

¿De qué guerreros hablas, miserable?

¡Ira de Dios! Tus pálidas mejillas

Del pánico aparecen consejeras.

¿De qué guerreros hablas, faz de suero?

SIRVIENTE. Del ejército inglés.

MACBÉTH. ¡Tú rostro esconde!

¡Síton! Mi corazon ya desfallece

Al contemplar... ¡Hé, Síton! Este trance

Ha de afirmar ó destrüir mi trono.

Largo tiempo viví. La vida mía

Se agosta, y su follaje amarillëa.

Lo que va en pos de la vejez que avanza,

Honra, afecto, lealtad, caros amigos,

No puedo pretender. Tan sólo espero

Profundas, si calladas maldiciones,

Adulacion servil, aliento vano,

Que el corazon veraz anularía.

¡Síton!

Entra SÍTON.

SÍTON. Señor, espero vuestra órden.

MACBÉTH. Las nuevas más recientes...

SÍTON. Son exactas

Las noticias, señor, que os han tráido.

MACBÉTH. Lucharé sin cejar hasta que arranquen

A pedazos la carne de mis huesos.  
¡Mi armadura!

SÍTON. Señor, aún no precisa.

MACBÉTH. La vestiré. Recorran más jinetes  
Todo el país. Conduzcan á la horca  
Á quien hable de miedo. ¡Mi armadura!  
¿Y la enferma, Doctor?

DOCTOR. Su mal no es grave;  
Mas la acosan constantes fantasías,  
Que descansar la impiden.

MACBÉTH. Curad eso.  
¿No podeis dar auxilio al alma enferma,  
El dolor desarraigar de la memoria,  
En el cerebro obliterar lo escrito,  
Propinar dulce antídoto, que logre  
Desalojar del pecho la ponzoña  
Que oprime al corazón?

DOCTOR. Tales dolencias  
Á sí propio curar debe el paciente.

MACBÉTH. Á perros arrojad vuestros brebajes:  
Yo no los necesito.—¡Mi armadura  
Ceñidme luégo! ¡Mi baston de mando!  
Ordenad Síton, vos.—Doctor, los nobles  
Huyen de mí.—Mostráos diligente.—  
Si vos, Doctor, al desbordado río  
Volver lográrais al antiguo cáuce;  
Si descubrir pudiérais su dolencia,  
Y restaurárais su salud perdida,  
Del eco resonaran los aplausos  
Con mis aplausos. Extirpad sus males.—  
¿Qué sen ó qué ruibarbo, cuáles drogas  
Nos pudieran purgar de esos Ingleses?  
¿Algo de esto sabreis?

DOCTOR. Sí tal: los regios  
Preparativos siempre se traducen.



- MACBÉTH. Yo los precederé. Si á Dunsinánia  
El bosque de Birnám hoy no camina  
No temo ya ni muerte ni rüina. (Váse.)
- DOCTOR. Si yo de Dunsinánia hüir pudiera,  
Por dinero jamás aquí volviera. (Váse.)

## ESCENA IV.

*Campo cerca de Dunsinánia. Un bosque á la vista.*

Entran con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO y su HIJO, MACDUFF, MENTEITH, CAITHNÉSS, ANGUS, LÉNNOX, ROSS y SOLDADOS marchando.

MÁLCOLM. Deudos, confio en que llegó el instante  
De hallar albergue en nuestras propias casas.

MENTEITH. ¿Quién lo duda?

MÁLCOLM. ¿Qué bosque es el que vemos?

CAITHNÉSS. El bosque de Birnám.

MÁLCOLM. Cada soldado

Corte una rama y ante sí la lleve;  
Porque así nuestro número se oculte,  
Y en sus cálculos yerren los espías.

SOLDADO. Así se hará.

SUARDO. Las gentes aseguran

Que, lleno de esperanzas, el tirano  
En Dunsinánia nuestro asalto espera.

MÁLCOLM. En eso ve su principal recurso,  
Pues esos que pudieran darle auxilio,  
Por unä ú otra causa, le abandonan.  
Sólo los obligados hoy le sirven,  
Y el corazon áun de éstos se halla ausente.

MACDUFF. Nuestras justas censuras refrenemos



Hasta el ansiado fin, y miétras tanto,  
Actividad guerrera nos incumbe.

SUARDO. El tiempo se aproxima en que sabremos  
Lo que nuestro será, qué deberemos.  
Humanos juicios las ventajas miden;  
Las realidades son las que deciden.—  
Acérquelas la lucha. (Vánse marchando.)

## ESCENA V.

*Dunsinánia. Interior del Castillo.*

Entran con tambores y banderas, MACBÉTH, SÍTON, y soldados.

MACBÉTH. En los muros izad los estandartes.  
Gritando están que ahí vienen. El castillo  
Se burla de un asalto. Aquí reposen.  
Pasto serán del hambre y de la fiebre.  
Si no los reforzáran deslëales  
Fuéramos á su encuentro. Cara á cara  
Arrollados serían. Mas ¿qué escucho?  
(Óyense sollozos.)

SÍTON. Señor, es clamorëo de mujeres.

MACBÉTH. Ya se embotó mi paladar al miedo.  
Otras veces helaba mis sentidos  
Öir rumor nocturno, y mi melena,  
Al narrarse un suceso pavoroso,  
Cual si vida tuviese, se erizaba.  
Me alimenté de horrores hasta hartarme:  
Familiar á mi espíritu homicida  
Ya es la desolacion, nada me afecta.  
Mas ¿qué grito fué aquél?

SÍTON.

La Reina ha muerto.

MACBÉTH. Más tarde debió ser. El tiempo propio  
 Para palabra tal otro sería.  
 El «mañana», el «mañana» y el «mañana»,  
 De día en día con menudos pasos  
 Hasta el fin de la vida nos conduce,  
 Y constante, el «ayer» alumbra al necio  
 Hasta dar con el polvo de la muerte.  
 ¡Luz, apágate ya! Sombra ambulante  
 Es la vida no más. Mero comparsa  
 Que breve instante el escenario cruza  
 Y se olvida despues. Es de un imbécil  
 El violento relato estrepitoso  
 Que nada significa.

Entra un MENSAJERO.

Á usar la lengua vienes. Habla presto.  
 MENSAJ. Debo, señor, contaros lo que he visto,  
 Pero apenas sé cómo.

MACBÉTH. Pues bien, habla.

MENSAJ. De guardia en la colina, hácia la selva  
 Me volví de Birnám, y juraría  
 Que el bosque se movió.

MACBETH. Mientes, esclavo. (Golpéándole.)

MENSAJ. Sufriré vuestro enojo si no es cierto.  
 Á tres millas de aquí, selva ambulante,  
 Cual digo, se aproxima.

MACBÉTH. Si mentiste,  
 Del árbol más cercano suspendido  
 Vas á morir de hambre. Si acertaste,  
 Hacer conmigo puedes otro tanto.  
 Flaquëa ya mi espíritu y empiezo  
 De ese genio á dudar, que con mentiras  
 Verdades dice. «Teme cuando llegue  
 El bosque de Birnám á Dunsinánia.»  
 Y á Dunsinánia un bosque se aproxima.  
 ¡Á la lid, á la lid! Presto salgamos.

Si su aserto llegara á confirmarse ,  
 Inútil fuera huir ni aquí quedarse.  
 Ya de la luz del sol harto me encuentro  
 ¡Y ánsio que salga el mundo de su centro!  
 ¡Repicad! Viento ruge. Ruina impera  
 Al yunque, por lo ménos, que yo muera.

## ESCENA VI.

*Dunsinánia. Llanura ante el Castillo.*

Entran, con tambores y banderas, MÁLCOLM, el viejo SUARDO,  
 MACDUFF y su ejército con ramas de árboles.

MÁLCOLM. Cerca estamos. Dejad el verde escudo  
 Y apareced. Con vuestro noblẽ hijo  
 Y mi primo, guñad, amado deudo,  
 Nuestro primer ataque. El valeroso  
 Macduff y yo del resto nos cuidamos.

SUARDO. Quedad, señor, con Dios. Quien esta noche  
 Con huestes del tirano aborrecido  
 No supiere lidiar, quede vencido.

MACDUFF. Hienda el clarin el aire sin tardanza  
 Con aullidos de sangre y de venganza.  
 (Vánse. Suenan clarines.)

## ESCENA VII.

*Otra parte de la llanura.*

Suenan clarines.—Entra MACBÉTH.

MACBÉTH. Al potro me amarraron. Huir no puedo.  
 Mas puedo aquí batirme como el oso.  
 ¿Quién no nació de madre? Sólo ese  
 Pavor puede infundirme.

Entra el jóven SUARDO.

EL JÓVEN SUARDO. Vuestro nombre.

MACBÉTH. De oírlo temblarás.

EL JÓVEN SUARDO. No: ni aunque fuera  
 El más feroz que en el infierno existe.

MACBÉTH. Yo me llamó Macbéth.

EL JÓVEN SUARDO. Ni el diablo mismo  
 Nombre más detestado pronunciara.

MACBÉTH. Ni más temido.

EL JÓVEN SUARDO. Mientes. Con mi acero  
 Te probaré, tirano abominable,  
 Que mientes tú.

(Pelëan, y Macbéth mata al jóven Suardo.)

MACBÉTH. De madre tú has nacido.

Arma ninguna en mí su filo imprime,  
 Si hombre nacido de mujer la esgrime.

(Váse.—Clarines.)

Entra MACDUFF.

MACDUFF. El rumor allí suena. ¡Sal, tirano!  
 Si te hiere otra espada que la mía,  
 Las sombras de mi esposa y de mis hijos  
 Me acosarán por siempre. No pelëo  
 Contra infelices turbas, cuyos brazos

Se alquilan para hacer que lanzas lleven.  
 Ó tú, Macbéth, ó envainaré mi espada  
 Intacto el filo. Allí quizás tē halles,  
 Pues tan gran clamorēo, la presencia  
 De alguién de nota indica. Sólo hallarlo,  
 Yo te pido, Fortuna.

(Vánse.— Clarines.)

Entran MÁLCOLM y el viejo SUARDO.

SUARDO. Llegad, señor, rindióse ya el Castillo.  
 Las tropas del tirano se dividen :  
 Con noble ardor se batien los señores  
 Y el día ya por vuestro se declara.  
 Poco resta que hacer. Hemos hallado  
 Enemigos que luchan por nosotros.  
 Entremos, pues, señor, en el Castillo.  
 (Vánse.— Clarines.)

Vuelve á entrar MACBÉTH.

MACBÉTH. ¿Por qué morir como el Romano imbécil  
 Sobre mi espada? Miéntas vidas vëa  
 Sobre ellas caigan mis terribles golpes.

Vuelve á entrar MACDUFF.

MACDUFF. Detente, alano de Luzbel, detente.

MACBÉTH. Evitar tu presencia he procurado.  
 Huye de mí. Repleta asaz mi alma  
 De sangre tuya está.

MACDUFF. No te respondo.

Va en mi espada mi voz, tú, más infame  
 Que las palabras describirte pueden.

MACBÉTH. Pierdes el tiempo. Te será mas fácil  
 El aire hender con tu cortante espada  
 Que herirme á mí. Descarga el hierro duro  
 En frentes vulnerables, que yo llevo  
 Vida hechizada, que rendir no puede  
 Quien nació de mujer.

MACDUFF. Tu hechizo es vano.

El génio á quien serviste te declare  
Que arrancado Macduff ántes de tiempo  
Fué del materno vientre.

MACBÉTH. Maldecida esa lengua que lo anuncia  
Y mi poder indómito arrebatá.  
Necio quien fia de engañosos génios,  
Que con doble sentido así nos burlan;  
Y cumplen en palabras sus promesas,  
No en realidad.—Contigo yo no lucho.

MACDUFF. Pues ríndete, cobarde.  
¡Vive! Serás ludibrio de las gentes.  
Cual mónstruo extraordinario te ataremos  
A un poste, con un lema que así diga:  
« ¡Aquí veis al tirano! »

MACBÉTH. No me rindo  
Para besar el suelo que sustente  
Al jóven Málcolm, y sufrir humilde  
La maldicion del vulgo. Aunque la selva  
De Birnám ha venido á Dunsinánia;  
Y aunque tú de mujer no hayas nacido,  
Batallaré hasta el fin.—Y, así, mi escudo  
Ante mi pecho está. Macduff, golpëa:  
Quien diga « basta ya » maldito sêa.  
(Vánse pelëando.)

Retirada.—Clarines.—Vuelven á entrar, con tambores y banderas,  
MÁLCOLM, el viejo SUARDO, ROSS, SEÑORES y soldados.

MÁLCOLM. Plegue á Dios que retornen los amigos  
Que nos faltan.

SUARDO. Cäer algunos deben;  
Y, sin embargo, tan glorioso día,  
Por lo visto, señor, caro no cuesta.

MÁLCOLM. Faltan Macduff, y vuestro noblë hijo.

ROSS. Vuestro hijo la deuda del soldado  
Satisfizo, señor. Vivió tan sólo  
Hasta hombre ser; y, apénas en el puesto

Que le tocó ocupar, lo comprobaba  
Su indómito valor; murió cual hombre.

SUARDO. ¿Murió, decís?

ROSS. Sí tal. Murió en el campo.

El dolor que os produce, no se mida  
Por su valer, pues fin tuviera nunca.

SUARDO. ¿Y fué herido de frente?

ROSS. Sí, de frente.

SUARDO. Entónces que soldado de Dios sēa.  
Tuviera tantos hijos cual cabellos,  
Y muerte igual que les cupiera á todos,  
Su hora sonó.

MÁLCOLM. Mas duelo se merece;  
Y ver me toca á mí que se le otorgue.

SUARDO. Valió lo que aquel acto representa.  
Como honrado al partir pagó su cuenta.  
¡Dios lē haya!—Consuelo aquí tenemos.

Vuelve á entrar MACDUFF con la cabeza de MACBÉTH.

MACDUFF. Salve, Rey, pues lo sois. La vil cabeza  
Ved del crüel usurpador cortada.  
Gozamos libertad, y rodēado  
De las joyas estais de vuestro reino.  
Por ellas hable yo; pero sus voces  
A la mña sē unan que os proclama  
Rey de Escocia.

SEÑORES. ¡Salud al Rey de Escocia!

(Clarines.)

MÁLCOLM. No dejaré que el tiempo se dilate  
Sin ajustar las cuentas de cariño  
Que debo á cada cual, y de saldarlas.  
Nobles señores y queridos deudos,  
Condes sois. Los primeros que en Escocia  
Alcanzan tal honor. Más adelante  
Cumplidos quedarán otros deberes.  
A sus casas haré que luégo tornen



Amigos desterrados que eludieron  
Las redes de incesante tiranía,  
Y asechanzas de bárbaros sicarios  
Del muerto mónstruo y su infernal consorte,  
Que es fama que á sí propia se dió muerte.  
Ésto he de hacer y lo que justo sēa  
A tiempo, con mesura y donde fuere  
Con el auxilio que el Señor me diere.  
Gracias, pues. Cada cual queda invitado  
Para verme en Escónia coronado.  
(Vánse.—Clarines.)

**FIN.**





